

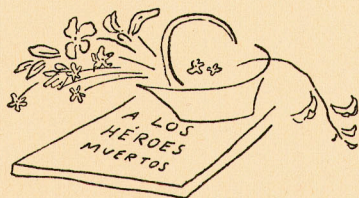
HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

IX

SUMARIO:

ENSAYOS DE *ANTONIO MACHADO*, *MARIA ZAMBRANO* Y *MANUEL ALTOLAGUIRRE*. POEMAS DE *OCTAVIO PAZ* Y *MIGUEL HERNANDEZ*. NOTAS DE *A. SANCHEZ BARBUDO*, *A. PORRAS*, *LUIS CERNUDA*, *R. GAYA*, *B. CLARIANA*, *CASAL CHAPI*, *P. SANJUAN*. TAURINO LOPEZ POR *JUAN DE LA CABADA*.



Vinietas de Ramón Gaya. Valencia, Setiembre, 1937.

H O R A
D E
E S P A Ñ A

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



SOBRE LA RUSIA ACTUAL

Nunca olvidaré unas palabras de Dostoïevski, leídas recientemente, pero que coinciden con la idea que hace ya muchos años me había yo formado del alma rusa: *«Sí, hijo mío, te lo repito, yo no puedo dejar de respetar mi nobleza. Se ha creado entre nosotros, en el curso de los siglos, un tipo superior de civilización, desconocido en otras partes, que no se encuentra en todo el universo: el hombre que sufre por el mundo.»* Como a nuestro Unamuno España, le dolía al ruso el mundo entero.

Dejando a un lado cuanto puede haber de jactancia y aun de prejuicio aristocrático en las citadas frases, que pone Dostoïevski en boca de un personaje de sus novelas, reparemos en que ellas expresan una esencialísima verdad rusa. ¿Y es ahí donde hemos de buscar la más honda raíz de la Rusia de hoy?

*

Como las grandes montañas cuando nos alejamos de ellas, la nueva Rusia se nos agiganta al correr de los años. ¿Quién será hoy tan ciego que no vea su grandeza? La proclaman sus mismos enemigos. Los millones de hombres con el escudo al

brazo que militan contra la nueva Rusia, nos dicen claramente con su actitud defensiva que es hoy Moscou el foco activo de la historia. Londres, París, Berlín, Roma son faros intermitentes, luminarias mortecinas que todavía se trasmiten señales, pero que ya no alumbran ni calientan, y que han perdido toda virtud de guías universales.

Reparemos en la pobre idea que dan de sí mismas esas democracias que fueron un día el orgullo del mundo; veamos cuánto sale o se guisa en sus cancillerías, incapaces de invocar—siquiera sea a título de dignidad formularia—ningún principio ideal, ninguna severa norma de justicia. Como si estuvieran vencidas de antemano, o subrepticamente vendidas al enemigo, como si presintiesen que la llave de su futuro no está ya en su poder, apenas si tienen movimiento que no revele un miedo insuperable a lo que puede venir. Reparemos en su actuación desdichada en la Sociedad de Naciones, convirtiendo una institución nobilísima, que hubiera honrado a la humanidad entera, en un organismo superfluo, cuando no lamentable, y que sería de la más regocijante ópera bufa, si no coincidiese con los momentos más trágicos de la historia contemporánea.

Reparemos en esos dos hinchados dictadores que pretenden asustar al mundo y a quienes Roma y Berlín soportan y exaltan. Ellos no invocan la abrumadora tradición de cultura de sus grandes pueblos respectivos: la declaran superflua; proclaman, en cambio, una voluntad ambiciosa, un culto al poder por el poder mismo, un deseo arbitrario de avasallar al mundo, que pretenden cohonestar con una ideología rancia, cien veces refutada y reducida al absurdo por el solo hecho de la guerra europea. Roma y Berlín son hoy los pedestales de esas dos figuras de teatro, abominables máscaras que suelen apare-

cer en los imperios llamados a ser aniquilados, por enemigos del género humano. La historia no camina al ritmo de nuestra impaciencia. No vivirá mucho, sin embargo, quien no vea el fracaso de esas dos deleznales organizaciones políticas que hoy representan Roma y Berlín.

Moscú, en cambio—resumamos en este claro nombre toda la vasta organización de la Rusia actual—aunque salude con el puño cerrado, es la mano abierta y generosa, el corazón hospitalario para todos los hombres libres, que se afanan por crear una forma de convivencia humana, que no tiene sus límites en las fronteras de Rusia. Desde su gran revolución, un hecho genial surgido en plena guerra entre naciones, Moscú vive consagrado a una labor constructora, que es una empresa gigante de radio universal.

La fuerza incontrastable de la Rusia actual radica en esto: Rusia no es ya una entidad polémica, como lo fué la Rusia de los Czares, cuya misión era imponer un dominio, conquistar por la fuerza una hegemonía entre naciones. De esa vanidad, que todavía calienta los sesos de Mussolini, ese faquino endiosado, se curaron los rusos hace ya veinte años. La Rusia actual nace con la renuncia a todas las ambiciones del Imperio, rompiendo todas las cadenas, reconociendo la libre personalidad de todos los pueblos que la integran. Su mismo ejército, el primero del mundo, no sólo en número, sino, sobre todo, en calidad, no es esencialmente el instrumento de un poder que amenace a nadie, ni a los fuertes ni a los débiles, responde a la imperiosa necesidad de defensa que le imponen la muchedumbre y el encono de sus enemigos; porque contra Rusia militan las fuerzas al servicio de todos los injustos privilegios del mundo. Sus gobernantes no lo olvidan. La política de Lenin y Stalin se caracteriza, no sólo por su alcance universal,

sino también por un claro sentido de lo real, cuya ausencia es siempre en política causa de fracaso. Mas la Rusia actual, la *Gran República de los Soviets* va ganando, de hora en hora, la simpatía y el amor de los pueblos; porque toda ella está consagrada a mejorar las condiciones de la vida humana, al logro efectivo, no a la mera enunciación, de un propósito de justicia. Esto es lo que no quieren ver sus enemigos, lo que muchos de sus amigos no han acertado a ver con claridad: el sentido generoso y fraterno, íntegramente humano, de todas las creaciones del alma rusa, el que impera en esa magnífica *Unión de Repúblicas Soviéticas*, cuyo vigésimo aniversario se celebrará en el año que corre.

Pero Rusia, la Rusia actual, que todos admiramos y que ilumina a muchos con sus potentes reflectores enfocados hacia el porvenir, no es, como algunos creen, un fenómeno meteórico e inexplicable, venido de otras esferas para asombro de nuestro planeta; no es, como piensan otros, una consecuencia asiática del pensamiento teutónico de Carlos Marx; no es, tampoco, un engendro de la Revolución de octubre, ni mucho menos ha salido—la Rusia actual—acabada y perfecta, de la cabeza de Lenin, como Minerva de la cabeza de Júpiter. No. A mi juicio no es nada de esto. Los viejos amigos de Rusia, los que conocíamos, antes de su gran Revolución y aun antes de la guerra mundial, algo de su admirable literatura—Dostoïevski, Turguenef, Tolstoi—sabemos que, bajo el dominio despótico de los *Czars*, estaban ya maduras las virtudes específicamente rusas sobre las cuales se asienta la Rusia de hoy. Aquellos libros que leíamos siendo niños, y que llegaban a nosotros, trasegados del ruso al alemán, del alemán al francés y del francés al español chapucero de los más baratos traductores de Cataluña, dejaban en nuestras almas, a pesar de tantas torpes decanta-

ciones lingüísticas, una huella muy honda, nos conmovían más que muchas de nuestras mejores novelas contemporáneas.— Buena lección para meditada por nuestros culteranos deshumanizadores del arte literario.—Y es que a través de la más inepta traducción de *La guerra y la paz*—por aducir un ejemplo ingente—llega a nosotros, todavía, un mensaje del alma eslava, amplia y profundamente humano, que parece revelarnos un mundo nuevo. Entendámonos: nuevo con relación al mundo mezquino y provinciano de la moderna literatura occidental. En verdad, no es un mensaje literario éste que el alma rusa nos envía en sus obras maestras. Ni siquiera sabemos si las novelas de Tolstoi o Dostoïevski están bien o mal escritas en su lengua. Suponemos que lo estarán soberbiamente. Pero sabemos con certeza la mucha humanidad que contienen, la gran copia de vidas humanas al margen de toda frivolidad que en ellas se representa; sabemos que esas vidas humanas, las más humildes como las más egregias, parecen movidas por un resorte esencialmente religioso, una inquietud verdadera por el total destino del hombre. Bajo la férula de su imperio despótico, de espíritu más o menos tártaro o mongólico, al margen de su iglesia fosilizada en normas bizantinas, el alma eslava ha captado, ha hecho suyas las más finas esencias del cristianismo. Sólo el ruso, a juzgar por su gran literatura, nos parece vivir en cristiano, quiero decir auténticamente inquieto por el mandato del amor de sentido fraterno, emancipado de los vínculos de la sangre, de los apetitos de la carne, y del afán judaico de perdurar, como rebaño, en el tiempo. Sólo en labios rusos esta palabra: *hermano*, tiene un tono sentimental de compasión y amor y una fuerza de humana simpatía que traspasa los límites de la familia, de la tribu, de la nación, una vibración cordial de radio infinito.

Roma contra Moscou, se dice hoy; yo diría, mejor: Roma y Berlín, las dos fortalezas paganas, la germánica y la latina, del cristianismo occidental contra el foco ruso del cristianismo auténtico. Pero Roma y Berlín—Berlín sobre todo—militan contra Moscou hace ya tiempo. En los momentos de mayor auge de la literatura rusa, hondamente cristiana, el semental humano de la Europa central, lanza por boca de Nietzsche, su bramido de alarma, su terrible invectiva contra el Cristo viviente en el alma rusa, su crítica corruptora y corrosiva de las virtudes específicamente cristianas. Bajo un disfraz romántico, a la germánica, aquel pobre borracho de darwinismo, escupe al Cristo vivo, al ladrón de energías, al enemigo, según él, del porvenir zoológico de la especie humana, toda una filosofía tejida de blasfemias y contradicciones. Nietzsche contra Tolstoi. ¿Por qué no decirlo en esta época de gruesas simplificaciones, a la teutónica?

Cuando el año 14 estalla la guerra, Berlín embiste contra Moscou con la mitad de su cornamenta, y hubiera embestido con toda ella, sin la obsesión de París que le embargaba la otra mitad. Y es el imperio de Pedro el Grande lo que se viene abajo, la gran coraza que ahogaba el pecho ruso lo que salta en pedazos. Moscou, considerado como hogar simbólico del alma rusa, ha quedado intacto y libre.

Libre, en efecto, de su imperio y de su Iglesia, instrumentos férreos que atenazaban el corazón de Rusia. Fuerzas autóctonas, las de su gran Revolución que se gestaba hacía ya mucho tiempo, colaboraron desde dentro con los cañones germanos que atacaban desde fuera.

Y volvamos a la Rusia actual, la Rusia soviética, que dice profesar un puro marxismo. El fenómeno parece extraño. La historia es una caja de sorpresas, cuando no un ameno relato

de lo pretérito, o, como decía Valera, aludiendo a la filosofía de la historia: el arte de profetizar lo pasado. Pero el hecho no es tan sorprendente como a primera vista pudiéramos juzgarlo. Es muy posible, casi seguro, que el alma rusa no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia. Pero el marxismo tiene para Rusia, como para todos los pueblos del mundo, un valor instrumental inapreciable. El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos occidentales. A nadie debe extrañar que Rusia haya pretendido utilizar el marxismo en su mayor pureza, al ensayar la nueva forma de convivencia humana, de comunión cordial y fraterna, para enfrentarse con todos los problemas de índole económica que necesariamente habían de salirle al paso. Tal vez sea este uno de los grandes aciertos de sus gobernantes.

Mi tesis es esta: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia donde parece hablar a nuestro corazón.

Y de esto trataremos largamente otro día.

ANTONIO MACHADO.



LA REFORMA

DEL ENTENDIMIENTO ESPAÑOL

La lucha terrible que conmueve al pueblo español ha puesto de manifiesto todo nuestro pasado. Pasa nuestro pasado por nuestra cabeza como si lo soñásemos. Con ser ahora cada español protagonista de tragedia, diríase que, sin embargo, deliramos y es nuestro delirio el ayer que «siglo a siglo y gota a gota» sucede atravesando todas las conciencias.

Este fondo del pasado ha estado tras de la vida española presionándola con más angustia que a ninguna otra. Quizá por lo mismo que otros países europeos tenían su propio pasado clarificado en ideas, acuñado en conceptos, no padecían de tan fuerte presión. Porque sabido es, que una de las funciones de los conceptos es tranquilizar al hombre que logra poseerlos. En la incertidumbre que es la vida, los conceptos son límites en que encerramos las cosas, zonas de seguridad en la sorpresa continua de los acontecimientos. Sin ellos la vida no saldría de la angustia en que permanecería estancada, a no ser que fuera permanente felicidad, presencia total, revelación completa de todo cuanto nos importa.

Pero la vida no se encuentra rodeada de presencias totales, ni pue-

de tampoco quedar a merced de realidades oscuras. La definición, operación lógica tan eludida a causa de su sequedad, es una función de la vida, íntima necesidad ligada con el amor, «la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura». Presencia y figura que en cierto modo da el concepto, la definición.

Esta raíz amorosa y curadora de la angustia que poseen las ideas, cuando son vivas, hace que sea más terrible el hecho de que hayamos tenido los españoles tan pocas. Difícilmente pueblo alguno de nuestro rango humano ha vivido con tan pocas ideas, ha sido más ateórico que el nuestro. El español se ha mantenido con poquísimas ideas, estando tal vez en relación inversa con el tesón con que las hemos sostenido. Pocas ideas, a las que nos hemos agarrado con obstinación casi cósmica y en las que hemos llevado, encerrado como en un hábito, nuestro entendimiento. Para el español de pura cepa, adquirir unas ideas era como profesar en una orden monástica.

Sobremañera grave es la cuestión, pues cabe preguntar inmediatamente: ¿Es que no funciona en el fondo de nuestra alma ese afán de conocimiento, la sed amorosa por la presencia y la figura que conduce el entendimiento a través de los áridos terrenos de la lógica hasta llegar a las ideas claras, a las definiciones resplandecientes? ¿Es que el español, tan rico en materia humana, en generosidad, heroísmo, sentido fraternal, ha quedado desposeído de esta maravillosa capacidad de saber, de esta capacidad de hacer ideas claras trasmutadoras de oscuras angustias? No sería tan grave la cuestión si creyéramos, como ha sido por muchos siglos usual, que el saber teórico fuese un lujo, la satisfacción de un deseo ennoblecedor, pero que en última instancia podríamos pasarnos sin él, aunque la vida bajara de rango. Pero no lo creemos ya así; el pensamiento es función necesaria de la vida, se produce por una íntima necesidad que el hombre tiene de *ver*, si quiera sea en grado mínimo, con qué tiene que habérselas, por ser la vida algo que tenemos que hacernos y no regalo cumplido y acabado, por estar rodeada la misteriosa soledad de cada uno, de cosas y acontecimientos que no sabe lo que son, y por haber destrucción, muerte y sinrazón, es necesario—y hoy más que nunca—el pensamiento.

Siendo esto así, ¿qué consecuencias no habrá traído para nuestra

vida como pueblo la ausencia de teorías, de pensamientos, la pobreza del español de conceptos, para los menesteres más inmediatos de su vida? ¿O es acaso que hemos tenido alguna forma de conocimiento peculiar y heterodoxo con respecto a las grandes formas clásicas del saber? Mientras Europa creaba los grandes sistemas filosóficos desde Descartes a Hegel, con sus consecuencias; mientras descubría los grandes principios del conocimiento científico de la naturaleza desde Galileo y Newton a la Física de la Relatividad, el español, salvo originalísimas excepciones individuales, se nutría de otros incógnitos, misteriosos manantiales de saber que nada tenían que ver con esta magnificencia teórica, como nada o apenas nada tenía que ver su mísera vida económica con el esplendor del moderno capitalismo.

Así era; el que fuera así nos ha valido el desdén de la Europa próspera, que nos consideraba como país atrasado, oscurantista, en medio de sus *luces*, pintoresca antesala de Africa, Meca del orientalismo romántico cuando más. Y de la misma España, voces angustiadas han clamado en este desierto. Todo el extranjerismo *afrancesado* del diez y nueve, *germanizantes* de hace unos decenios, han querido poner remedio a este mal. Creyéndonos desnutridos de teorías, con generoso impulso y buena voluntad, nos han traído el remedio de donde al parecer lo había.

Mas no parece haber cuajado ninguno, pues de haber logrado nuestro equilibrio, no se habría manifestado, de una parte, tan monstruosa y anacrónica fuerza como las productoras de la actual contienda; de otra, tan inéditas, vírgenes energías que ningún pueblo educado en la gran civilización europea parece poseer. Si como españoles nos hacemos responsables ante el mundo de todo cuanto pasa en nuestras tierras, tendremos que sentir una espantosa, casi insoportable vergüenza, por lo que ciertas clases sociales y grupos han hecho; insoportable, sí, de no ser por la compensadora alegría, diríamos felicidad, que nos produce la existencia de resortes tan maravillosos, de capacidades morales que nuestro pueblo tiene en grado tal, que va a ser muy difícil a pueblo alguno el superarlo. Y en sus capacidades morales está el no enorgullecerse *nacionalmente* de ello ni individualmente siquiera, sino el tomarlo simplemente como faena dolorosa y esforzada que alguien te-

nía que hacer por sí mismo *y por todos*, y que le ha tocado a él. El hacer naturalmente lo que llega a parecer sobrehumano, es una de las cualidades maravillosas que está poniendo de manifiesto nuestro pueblo. Virginal, divina naturalidad de un pueblo que, habiendo permanecido casi al margen de la cultura europea, la salva hoy en lo que de salvable tiene.

Resulta, pues, que nuestro ateoricianismo no significaba un apartamiento del esencial destino de la cultura europea, a quien, a pesar suyo, estamos salvando—están salvando nuestros campesinos analfabetos—. No parece ciertamente Europa merecer lo que por ella hace el pueblo español, y ni París ni Londres se merecen a Madrid; pero si no se lo merecen, lo necesitan. Lo necesitan todos, y algunos hasta se lo merecen, y aunque nadie lo mereciera, lo merecería el Hombre desde el punto y hora en que algunos hombres lo hacen.

Pero el caso es que la actual angustia y dolor nos muestra que no somos—y si no lo somos no lo hemos sido—ajenos ni mucho menos, a lo esencial de la cultura de Occidente, que estamos ligados a ella de modo privilegiado y fundamental, a pesar de no habernos nutrido de sus sabrosos frutos filosóficos, de no haber apenas intervenido en sus grandes creaciones científicas, de no haber tenido, como tanto se ha dicho, ni Renacimiento, ni Reforma, ni Romanticismo, y con ser, en efecto, verdad—tal nos lo parece—, que no hemos pasado por ninguno de esos grandes actos de la Historia de Europa. ¿Cómo es así? ¿Cómo hemos podido pasar sin los cambios de estructura mental y social que significan esos grandes nombres, y cómo sin haber pasado por ellos estamos ahora en situación de encontrar la salida de esa cultura en tan grave crisis?

Atendamos, ante todo, a que sea aquello que queremos y que importa salvar. Porque cuando se habla de salvar la cultura, no hay que confundir la cultura con la suma de saberes. Sin querer entonar un canto a la ignorancia, tenemos que disponernos a renunciar, por el momento, a muchas de las llamadas manifestaciones culturales de otros tiempos, y a ser testigos de una mengua en la producción cultural. No es el lujo cultural de Europa el que hay que salvar; no sabemos siquiera si las técnicas culturales van a sobrevivir de la gran catástrofe

que se avecina. Pero, aun poniéndonos en la peor situación en cuanto a mengua de la calidad y cantidad en la producción cultural, no sería esto lo decisivo. Hay algo más urgente que salvar: la convivencia humana.

* * *

España se separó de la vida europea a medida que crecía su decadencia política. El último contacto del pensamiento filosófico español con el europeo, se verifica justamente en los umbrales, en la aurora del nuevo espíritu, que se despierta audazmente en Descartes, que ha estudiado en el libro célebre de Toledo, escolástico español de texto en el Colegio de la Flèche, y es Suárez, el sutil granadino, quien influye en puntos importantes de su doctrina. Después, un aire seco para el pensamiento, estéril, recorre la península. Agotada en sí misma la escolástica, cuyo último resplandor fué español, nada nuevo en consonancia con el espíritu de los tiempos aparece entre nosotros. Se paraliza nuestro pensamiento al mismo tiempo que se petrifica el Estado.

Conviene recordar que la idea del Estado surgió con la Filosofía de Occidente en Grecia. Cuando la razón rompe con toda explicación de la realidad que no esté encontrada por ella, cuando se crean los grandes sistemas de Platón y Aristóteles, de los que se ha nutrido tantos siglos el pensamiento europeo, surge en ellos, como algo esencial, la idea sistemática de la convivencia humana, la sistematización, objetivización de las relaciones humanas en el Estado.

Desde entonces, razón y Estado marchan juntos, no pudiendo detener su marcha en Occidente ni la nueva religión del cristianismo, tan ajena a ambas cosas en su principio. La fe cristiana se dirige al interior del hombre y es en el centro del individuo donde opera sus prodigios; una noción nueva del hombre, revolucionaria, trae consigo, que les pareció locura a los pensadores de Grecia y a los hombres del Estado Romano. Pero el antagonismo, que tanta sangre cristiana costara, se anuló el día que el cristianismo cristalizó en la forma del antiguo Imperio Romano, transformándose de obscura, modesta comunidad de hermanos que viven orando en las catacumbas, en la poderosa y jerárquica Iglesia Romana; y el pensamiento cristiano, que con San Agustín había hecho un esfuerzo para pensar originalmente la nueva

realidad del hombre espiritual contenida en la fe, cae bajo el pensamiento griego y es en términos griegos, conceptos hallados por Aristóteles y Platón, para pensar cosa bien distinta del *espíritu* del *hombre interior* de San Pablo, cómo se vierten y esconden a un tiempo las verdades de la fe.

No pudo en modo alguno el cristianismo atacar a la idea del Estado como tal, desde el punto y hora en que, abandonando la primitiva y espontánea estructura, se cristaliza en algo tan parecido a un Estado que compite con ellos, avasallándolos mientras puede. La marcha de Europa ha estado caracterizada por las diversas formas estatales, y la constitución de nuevos Estados nacionales en el Renacimiento abre toda una época.

Y es en España precisamente donde, antes que en ningún otro pueblo, se constituye un Estado en el Renacimiento. Pero esto que fué nuestro esplendor, fué al par nuestra desdicha. Al constituirnos en Estado con tanta brillantez y antelación parecíamos querer, querer mucho y concretamente, querer con todas las notas de la voluntad puestas en tensión. ¿Qué sucede casi de pronto, cuando unos decenios más tarde, ya bajo el reinado de Felipe II, una mortal desgana comienza a invadirnos, atonía que comienza por los más altos órganos del Estado y que tarda, en verdad, en llegar hasta el pueblo? Tarda siglos en llegar hasta el pueblo. Desde la decadencia, agonía de los Austrias, empalmada con la agonía de los Borbones, hasta el «Vivan las caenas» y «España está sin pulso», han pasado siglos y desastres reiterados, que el pueblo ha ido soportando sobre su inquebrantable voluntad de vivir.

Son las clases socialmente dominantes las que se van quedando sin voluntad y sin pensamiento; son ellas las que no saben qué hacer ni qué pensar. Es esa figura melancólica del hidalgo que pasea por todas las alamedas de Castilla, esa tristeza y abandono que invade a los castillos y a los palacios, mientras el pueblo sigue poblando, allá lejos, todo un continente.

No hay Estado; no hay pensamiento. Ninguna de esas cosas tienen sentido sin una voluntad, sin una voluntad concreta y definida de vivir y de hacer.

* * *

Es en este momento cuando comienza el férreo dogmatismo español. Sobre el nihilismo de nuestra voluntad surge una dogmática cerrada; a los dogmas de la Iglesia se añaden los dogmas sobre el honor, sobre el amor y sobre el ser de la misma España.

La falta de ideas claras que verifiquen eso para lo que han sido inventadas las ideas, para descubrir una realidad confusa, se agudiza con más gravedad que otras cosas, sobre el pasado. Sobre lo que ha sido y es España, el carácter confesional de nuestro conocimiento se agudiza hasta el máximo grado. Las rígidas ideas sobre él tapaban los problemas y hasta la natural curiosidad. Se trataba de un dogma, el dogma de la España, una, católica, defensora hasta su propio aniquilamiento de la fe, cuya tesis sirvió a los Reyes Católicos y al cardenal Cisneros para forjar la unidad nacional. Esta tesis persistía con carácter sagrado, y el solo hecho de ponerla en duda era tan herético como dudar de la Trinidad. No había ni remotamente que plantearse cuestiones acerca del pasado, ni tan siquiera del presente. La Historia no se aprendía ni se llegaba a conocer; era objeto de mística participación, no necesitada de razonamientos. Y que esto sucediera con el pasado era íntima consecuencia de lo que sucedía con el porvenir. A los dogmas de la Iglesia y en el mismo plano que ellos, reforzándolos y reforzándose, se habían añadido los dogmas del ser del español, la declaración dogmática de nuestro ser, de nuestra única posible forma de ser.

Por todos estos caminos: paralización del pensamiento, dogmática acerca de monarquía unitaria, místico conocimiento del pasado, eliminación de toda duda acerca de nuestro ser y destino, se llega al mismo sitio: petrificación de la vida española y creciente separatismo entre la capacidad auténtica de querer, que va quedándose cada vez más escondida y lejos de la superficie, hasta replegarse en algo que linda con la naturaleza y la aparential, fantasmagórica ficción de un estado: el desmembrarse paulatino y tristísimo de una sociedad.

No realiza entonces el español el esfuerzo de ponerse de acuerdo consigo mismo, de volverse hacia sus intuiciones primarias de la realidad, hacia las originales fuentes de su querer y encontrar unas ideas que así lo manifestaran para obrar en consecuencia. No pudo ni quiso siquiera mirar hacia atrás, a ver si se había equivocado.

Mientras Descartes, en la Francia, en la Europa del siglo XVII, rompe por el momento con toda idea adquirida para extraer de su soledad unas pocas ideas tan claras y fecundas que conducen, por una parte, a la fundamentación del nuevo conocimiento, de la nueva ciencia: La Física matematiza que había de llenar de prodigios el mundo, y por otra parte trae el germen de todo el moderno idealismo, no hay ningún español que vuelto hacia sí, examine los pasos dados por el Estado español a partir de su constitución, y si hay alguno, lo hace en forma tan enigmática, que todavía hoy luchamos por desvelar su sentido.

Es Cervantes quien nos presenta el fracaso del español, quien implacablemente nos pone de manifiesto aquella maravilla de voluntad coherente, clara, perfecta, que se ha quedado sin empleo y no hace sino estrellarse contra el muro de la nueva época. Es la voluntad pura, desasida de su objeto real, puesto que ella misma lo inventa. Cuando Kant, casi dos siglos más tarde, presenta las condiciones de una *voluntad pura*, nada añade que no esté en el querer firme, en la entereza de voluntad del Caballero de la Mancha.

Cervantes bien pudo haber estudiado filosofía y haber transcrito su idea, su intuición de la voluntad, en un sistema filosófico. Mas, ¿para qué había de hacerlo? Además de que no tenía sentido expresarse así entre nosotros, tenía que decir más, todavía más. Y era otro el sentido último de su obra: el fracaso. La aceptación realista resignada y al par esperanzada, del fracaso.

Ni la Filosofía ni el Estado están basados en el fracaso humano como lo está la novela. Por eso, tenía que ser la novela para los españoles lo que la Filosofía para Europa.

Comienza la Filosofía igualmente en el fracaso del hombre, en un fracaso total en que se reconoce necesitado de conocimiento racional, sin duda porque ha tenido algún otro y le fué insuficiente. También la Religión, todas las religiones, parten de un estado inicial de pecado, naufragio absoluto del que se sale por restauración de la naturaleza y potencias primeras mediante la fe. No es así la novela; la novela no pretende restaurar nada, ni reformar nada; se sumerge en el fracaso y encuentra en él, sin razón y hasta sin fe, un mundo. Es un fracaso parcial el que la novela descubre, revelando en cambio un

oculto asidero. Es un fracaso histórico, un fracaso en el mundo sobre el que se forja la novela. Si todos los seres excepcionales llegasen al nivel de lo histórico, no se produciría la novela; lo que no llega a ser historia por carecer de realidad, de conexión con el resto de los acontecimientos, por no estar engranado con ellos, y sin embargo, *es* —no llega a ser elemento de la historia, pero tiene un ser—, es protagonista de su propia vida, es un ente de novela.

El fracaso del ser que se convierte en ente de novela puede provenir de inadaptación por íntima riqueza humana, por tener un *más* sobre la realidad histórica de la época. Y este es el caso que nos da Cervantes: Don Quijote era la voluntad pura de Kant antes de que nadie pudiese pensarla, antes de que el mundo la necesitase y pudiese comprenderla, y es además... la convivencia, diríamos *pura*, con Sancho. El misterio clarísimo de la convivencia entre Don Quijote y Sancho es algo que todavía no se ha revelado en toda su significación, porque, es una profecía sin petulancia, de un tipo de relación humana que aun no se ha realizado.

Supone la novela una riqueza humana mucho mayor que la Filosofía, porque supone que algo está ahí, que algo persiste en el fracaso; el novelista no construye ni añade nada a sus personajes, no reforma la vida, mientras el filósofo la reforma, creando sobre la vida espontánea, una vida según pensamientos, una vida creada, sistematizada. La novela acepta al hombre, tal y como es en su fracaso, mientras la Filosofía avanza sola, sin supuestos.

Nuestra novela, desde Cervantes a Galdós, pasando por la picaresca, nos trae el verdadero alimento intelectual del español en su horror por el sistema filosófico; es en ella donde hemos de ver lo que el español veía y sabía y también lo que el español era. También de lo que carecía.

Fracasada la tesis del Estado español, paralizada su filosofía, es entonces cuando verdaderamente puede decirse que no hay Reforma en España, no solamente en el sentido de Reforma religiosa, cuestión que tendría otras derivaciones, sino en el sentido filosófico de Reforma del entendimiento. Reforma del entendimiento para encontrar los principios del nuevo conocimiento, que es lo que hacen

Descartes, Bacon, Galileo y otros más, y cuyas consecuencias llenan toda la época moderna con la gran ciencia físico-matemática y el idealismo como idea que de sí mismo tiene el hombre.

La voluntad de Don Quijote no va dirigida a nada de esto, está engarzada con la concepción del mundo de la Edad Media, pues, de estarlo, no sería personaje de novela, sino personaje real histórico, y no mostraría en su desasimiento el fracaso del Estado español. Más que nuestros desaciertos políticos y nuestras derrotas militares, muestra el fracaso de nuestro Estado el que la egregia voluntad de Don Quijote no tenga quehacer real en España y tenga que refugiarse en su locura para salvar de alguna manera, para realizar de alguna manera su altísimo y perfecto querer.

Y es ya fuera del Estado, en el mismo ámbito de la novela cervantina, o sea en el ámbito del fracaso, donde se verifica la otra cara de la profunda moral del Quijote. Conjugándose con su voluntad pura, la *convivencia pura* con Sancho y con todos los seres: arrieros, mozas de partido, venteros y venteras, pastores y forzados que desfilan por la novela, en suma, con todo el pueblo español.

Si Cervantes hubiese hecho filosofía partiendo del fracaso de Don Quijote, si hubiese adoptado una actitud reformista para encontrar las bases de un nuevo conocimiento sistematizado, hubiese hallado las bases humanas de una nueva convivencia, un sentido del prójimo ausente por completo de la cultura europea, más ausente a medida que avanzaba el idealismo. La soledad esencial sobre la que se funda el idealismo, es en Don Quijote profunda, esencial convivencia; allí donde está su voluntad, allí está el *otro*, el hombre igual a él, su hermano, por quien hace y arremete contra todo. El prójimo no es algo que sobreviene a la soledad del hombre, en nuestro Don Quijote, sino que en su misma melancólica soledad está esencialmente el prójimo; cuanto más solo y lejos de los hombres, más unido y entregado por su voluntad a ellos. Una acusación terrible contra el Estado que precipitadamente se formó en España y que no supo recoger ni nutrirse de esa rica sustancia, de esa convivencia pura que vive Don Quijote, y que si él puede vivirla es porque en mayor o menor grado la comparte el pueblo donde se hunden las raíces de su existencia.

Locura parecen a todos sus gigantes, sus Caballeros, sus ínsulas y el estricto código de su honor. Pero a nadie parece locura su profunda convivencia con Sancho, su escudero y amigo. A nadie su profunda confianza en el hombre, tan extremada que le lleva a vencer la burla, el resentimiento. En sus correrías por caminos y ventas llega un momento en que hasta las mozas de partido parecen entender un punto su trato fraternal, conmovidas ante la confianza que él deposita en ellas. Ante el resentimiento que poco a poco ha ido envenenando las relaciones humanas, hasta dejarnos encerrados en oscuros calabozos de aislamiento, hasta hacer perder al hombre la imagen del hombre, hasta perder la noción del semejante y creerse cada cual, único, y al creerse único, perdiendo la medida de lo humano, perder la noción de sí, de su propia medida.

La nobleza de Don Quijote presupone todo lo contrario; él lleva clara e inequívoca la noción del semejante en el centro de su espíritu; está solo en su empeño, pero esencialmente acompañado por lo mejor de cada hombre que vive en él. Es la nobleza esencial del hombre lo que Don Quijote cree y crea, la mutua confianza y reconocimiento.

Y a su alrededor existen unas relaciones humanas, imperfectas, si las comparamos con su perfecta hombría, pero que en su misma imperfección muestran el verdadero sentido de la vida del español, su confianza en lo mejor del hombre, como acepta naturalmente lo mejor como la medida justa, la única que puede haber; a pesar de la ingratitud y el olvido, a pesar del sentido *práctico* que lleva al apeado a pedirle que no vuelva a interceder por él, no deja de existir una cierta comunidad con la alta moral de Don Quijote, en el pueblo, rico en substancia, contradictorio, que le rodea.

¿Qué ha hecho de todo esto el Estado español? Faltó la honda actitud reformista para echar cuentas del camino emprendido, para examinar lo que había en el español, libertándole de los dogmas sobre él acumulados. Faltó el hombre de Estado, a la vez pensador, que nos sacara del laberinto en que nos habíamos metido.

Pero no lo hubo, porque el haberlo suponía un excesivo adelanto sobre lo que Europa comenzaba a hacer; la historia no tolera estos

adelantos, porque sólo en el fracaso se aprende, y porque es necesaria la realización de unos acontecimientos para que sean posibles otros, y porque la razón, en su marcha, no camina aislada, sino en conexión con otras realidades humanas. Si no fuera así, de ser la historia cosa de razón y nada más que de razón, por limitada y débil que fuese la razón concreta del hombre, no estaríamos hoy en esta encrucijada trágica en que nos encontramos.

Nuestro fracaso al no hacer una reforma, la reforma de pensamiento y de Estado que necesitábamos, hizo replegarse a nuestro más claro entendimiento a la novela y a nuestro mejor modelo de hombre, quedarse en ente de ficción. De ahí deriva la situación de cárcel y angustia en que cada vez nos hemos ido encontrando los españoles, en un espacio que se empequeñecía por momentos y en el que enloquecían nuestros ímpetus. Los espacios del mundo, en vez de estarnos abiertos, se convertían en muros, altos muros contra los que rebotaba nuestro deseo, que se solidificaba en angustia.

Pero este mismo fracaso y la extremada, decisiva situación de hoy, nos exigen ir, ante todo, hacia un Estado que encierre nuestra voluntad verdadera. O aceptamos la herencia del pasado y la llamada del porvenir, que nos manda recoger el fruto de tanta desdicha y desastre de ayer y de tanta sangre de hoy para el mantenimiento de un Estado en que se revele la nueva convivencia humana, o nos quedamos todos en personajes de novela.

* * *

Como de reforma se habla a lo largo de estas páginas, no se puede pasar sin mención la actitud reformista más destacada y grave que se haya producido en España, aunque sea en el ámbito de lo religioso, y no estrictamente de la reforma del entendimiento o nueva filosofía. Y es la obra escrita y de acción de Ignacio de Loyola. Reforma, puesto que es contrarreforma, o sea una reforma para contrarrestar los efectos y consecuencias de la reforma; pero reforma al fin.

Reforma, ante todo, por esta razón de proponerse no dejar al español tal y como está, y por responder, siquiera sea diciendo *no*, al espíritu de los tiempos. Pero también por algo más, por el método y

por el racionalismo, si es que ambas cosas pueden separarse. Si hay alguna obra en nuestra literatura que tenga un cierto parentesco con el Discurso del Método, es los Ejercicios de Loyola. Parentesco, aunque sea contrario a su finalidad y aunque esté hecho—no importa que sea anterior— para contrarrestarlo.

Hay en los ejercicios ignacianos una racionalización y mecanización de la fe; es casi una mecánica de la santidad. Supone una creencia en que la psique humana tiene una contextura tal que basta ejercitarla en determinado sentido para que quede moldeada, conformada de una nueva manera. La misma mente que lleva a creer posible la física por la contextura mecánica no metafísica de la naturaleza, ha hecho posible este método seguro de ganar la vida eterna. Existen unas leyes, condiciones impuestas por Dios al hombre, que una vez cumplidas aseguran la felicidad y la gloria; existe un alma humana que es susceptible de ser moldeada, es decir, conocida y reformada; es la salvación por obra del método, no por obra de la gracia divina; es cuestión mía, propiamente mía, de fe y de obras, cosas que dependen de mí. ¿Qué mayor actitud reformista, aunque sea para cerrar el paso precisamente a las nuevas ideas?

Pero claro está que si hoy se deja sentir la necesidad de una honda reforma de nuestro entendimiento que se atreva a traducir en ideas claras las intuiciones de que se nutre el español, y que articule nuestra voluntad en una convivencia hasta ahora no lograda entre nosotros, claro está que nada de esto puede servirnos, por obvias razones que no es siquiera necesario enumerar. Aunque la más importante sea la consideración de su profunda enemistad con lo más vivo y mejor de nuestro pueblo y adonde ha conducido tal método ignaciano. Precisamente porque logró por completo lo que quiso, porque es lo más lejos de un fracasado, se puede saber con entera evidencia cuál es el sentido y el resultado de su camino. Camino que hace tiempo históricamente tocó su fin. Sin embargo, no es enteramente inútil examinar de cerca esta voluntad terrible, que si supo lo que quería y que lo consiguió, no es inútil para saber el camino terrible de nuestra voluntad, camino sin salida de una voluntad ceñida a su objeto, que no es un fracaso, sino un mal positivo, tan positivo como puede serlo todo

método, perfecto como método, que se funda en la desconfianza absoluta acerca del hombre, en la creencia en la maldad y, en último término, en su administración.

* * *

Personajes de novela son todos los españoles del siglo XIX. Galdós, innumerablemente, nos lo muestra, y la ausencia del Romanticismo es tan patente en la España que sus páginas maravillosas nos reflejan, como la falta de Reforma en Cervantes.

Galdós tampoco intenta la reforma de nuestra mente, si bien en él es más ostensible su actitud frente a la sociedad de su tiempo y hasta su pensamiento político, reflejado en sus obras de tesis, que son evidentemente las peores, por ser las menos ricas de intuiciones.

En el drama de nuestra voluntad sin objeto, Galdós nos ofrece una figura, por su grandeza casi gemela de Don Quijote: Fortunata, la espléndida hija de Madrid, ejemplo claro de una voluntad coherente, firme y fiel, a la que ningún desastre aparta de sí misma, sobre la que resbalan todos los fracasos sin producir una huella mayor que la de la lluvia en la roca. Insobornable, guarda una idea *entre sí* que es toda su vida. Idea, por lo demás, tan divinamente humana, tan noble como la alta categoría de su maternidad. Categoría divina y al par natural, que no necesita revalidarse en ninguna estación humana, por encima y más allá de lo social, Fortunata tiene absoluta, total justificación.

¡Aquella idea que ella tenía *entre sí*! De seguro que hubiese encontrado acogida y comprensión si en España hubiese habido romanticismo. Nada tenía que ver en su íntimo fondo Fortunata con el romanticismo; pero el romanticismo debía abrirle paso, ya que fué él quien reivindicó lo natural en el hombre, aquello que, por ser anterior a la civilización, había quedado al margen de ella oprimido; las zonas irracionales, cósmicas casi, que hay en el hombre y que el racionalismo había apartado de sí con puritano horror. Claro que el romanticismo es también otras cosas, y es muy complejo el hecho de que pasara rozando con nuestro suelo sin penetrarlo, mucho más, cuando él se volviera hacia España, nombrándola su Meca en cierto modo,

cuando trae en Francia y Alemania un interés por la literatura y la poesía españolas nunca igualado. Todo ello requiere más atención de la que ahora podríamos darle, y sólo nos interesa señalar el hecho de que la falta de romanticismo entre nosotros deja a la voluntad pura y perfecta de Fortunata al borde de la locura y en pleno fracaso, en pleno desastre del que ninguno de los menguados proyectos que se la ofrecen la ha podido salvar.

Desde Cervantes a Galdós, la voluntad española se ha retraído a las capas populares, a la base misma virginal de nuestro pueblo, firme voluntad que ya no sueña con asuntos tan altos como los de Don Quijote, sino que confundida con el instinto es vocación maternal en la divina Fortunata, es fiera repulsa, celtíbero amor de independencia en el Madrid del Dos de Mayo. Es lo único que nos queda; el último elemento insobornable: voluntad que es ya instinto; lo único vivo bajo la destrucción de la sociedad y el desmoronamiento del Estado. El Estado, que es para Cervantes, tras la sangre derramada heroicamente en Lepanto, unas alcabalas que le traen cárcel y miseria; el Estado, a quien Quevedo acusa en el «Guerra y cárcel le dieron las Españas—de quien él hizo esclava la Fortuna»; el Estado, que es ubre seca de quien no alcanzan a extraer los españoles no ya su sentido político, sino el simple pan de cada día. En el siglo XIX, el Estado, de generales soberbios y políticos logreros, frailes sin escrúpulos y trampa, trampa por todas partes.

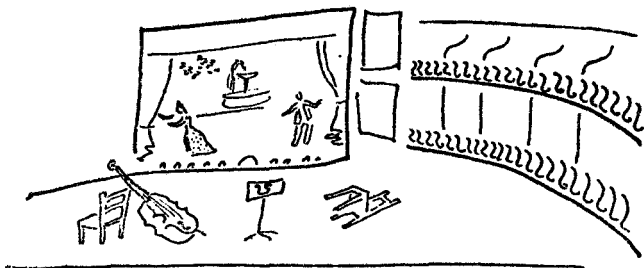
Ya no nos queda sino la moza de alpargata y falda de percal, y el soldado menudito y sufrido que aguanta sin gloria, hambre y sed en Cuba y luego en Africa; el soldado de traje pobre de rayadillo que aun vimos en nuestra niñez—inolvidable visión amarga—volviendo de las derrotas de Africa, mientras la reina y la infanta Isabel hacían un regalo al general que defendía el honor de la Corona. Ya no teníamos más que pueblo, insobornable voluntad popular que la anarquía del Estado español, durante siglos, no ha podido pervertir.

Hay quien duda de nuestro triunfo, admirando los valores humanos que hemos desplegado en la contienda. Y hay quien quiere seguir aún en personaje de novela, desplegando en el fracaso toda la mágica riqueza de nuestra substancia íntima, sin querer someterla a una clara

voluntad. Pero nada, nada sirve. Nuestro pasado de desdichas, la voluntad de Don Quijote, encarnada hoy en nuestros combatientes, piden y exigen que entre todos creemos ese Estado nuevo y justo que se alimente en su objetividad de la convivencia humana que está dentro de la soledad de nuestro inmortal Caballero. Es la hora de que España acepte íntegramente la voluntad de su pueblo y la objetive sin temor ni precipitación, en un Estado que a Europa, a la Europa declinante y al mundo todo, pero especialmente a aquel continente que habla nuestro idioma le devuelva la confianza en el hombre; que restaure la fe en la razón y en la justicia y que la realice en la medida mayor de su posibilidad actual.

La Reforma española era más profunda que la realizada por Descartes y Galileo, que la realizada por Europa; tenía que hacerse en la sangre y por la sangre, en la vida. Pero la sangre también puede hacerse universal.

MARIA ZAMBRANO.



NUESTRO TEATRO

Dice Cervantes en el prólogo a la primera edición de sus *Entremeses*, haciendo historia del teatro español de su tiempo, al referirse a Navarro, que «inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas», sucediendo con estos adelantos al gran Lope de Rueda, en cuyo tiempo «todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamesí dorados y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco más o menos». Las cuatro figuras que destaca Cervantes en aquel repertorio de los primeros entremeses eran: la negra, el rufián, el bobo y el vizcaíno. Si la comedia era un coloquio entre pastores se llamaba égloga. A este estado primitivo hemos venido a parar ahora, para suerte de un futuro teatro español que se anuncia.

Para la propaganda y distracción en los frentes, el Subcomisariado de Propaganda organizó unas compañías y seleccionó un repertorio. Sería muy fácil clasificar los caracteres que se destacan en la mayoría de estas primeras producciones, casi siempre romances dialogados, farsas entre soldados, campesinos y obreros, contra el moro, el italiano, el alemán y los generales facciosos. Teatro antifascista de gran sencillez de forma y gran unanimidad en su contenido, redactado

con la mayor simplicidad, para que pueda ser captado por un público que no entiende de sutilezas literarias. Sin embargo, este mismo público de las trincheras aplaudió siempre con entusiasmo la meritísima labor del Teatro Universitario *La Barraca*, que cumple una necesidad de cultura superior entre nuestros combatientes. No hay que olvidar tampoco el Guignol de Miguel Prieto, que con los jóvenes poetas Pérez Infante y Camarero llega hasta las mismas avanzadillas con su alegre y diminuto espectáculo.

El Ministerio de Instrucción Pública, se ha preocupado también de un teatro para los niños y alienta y estimula a los directores del Altavoz del Frente, Martínez Allende y Ortega Arredondo, para que cultiven un teatro infantil, muy de acuerdo con las actuales circunstancias.

La lista de los nuevos autores dramáticos que han colaborado en todas estas empresas es notable por su calidad y número: Rafael Alberti, Ramón J. Sender, César Arconada, Pedro Garfias, Antonio Porras, Emilio Prados, Herrera Petere, Pla y Beltrán, Miguel Hernández, etcétera, etc. Un verdadero renacimiento, tanto más cuanto que estos autores, al escribir ahora para el teatro, lo hacen con toda modestia, dándose cuenta del proceso inicial de nuestra revolución; es decir, adaptándose a una circunstancia que bien pudiéramos llamar preliminar. El teatro español ha de destacarse, pese a todos los derrotismos, con una fuerza insospechada, en el momento en que, pasados estos dolorosos meses de guerra, empiece el pueblo a recibir las compensaciones merecidas por sus incalculables sacrificios.

«Ahora no se puede escribir», me dicen mis compañeros; pero yo adivino en cada cual una o varias comedias en gestación. Todos los escritores piensan en el teatro. Llegará la victoria para España, tal vez la paz, si es que la paz no es un terrible sueño, y entonces veremos en las tablas cuánto es lo que hemos podido sacar de tantas hermosas lecciones de heroísmo, de tantos sufrimientos generosos, de tantas esperanzas confirmadas.

Es verdad que, al lado del teatro sobre la vida y la muerte de nuestro país, se distrae al público de nuestras ciudades con espectáculos desconcertantes. Se dice que hay que luchar contra este estado de cosas, y lo dicen personas de buena voluntad y de atinado criterio.

Pero no basta. Es el mismo pueblo, el público, el que tiene que decidir, y nadie puede pedir a este público que manifieste sus predilecciones. En realidad, no tiene donde escoger. El nuevo teatro se anuncia en un horizonte próximo; pero aun no existe en sus formas definitivas, ya que no podemos considerar teatro en su plenitud a los ensayos de que anteriormente hice referencia. ¿Dónde están los nuevos autores, actores y administradores? ¿Cómo organizar la vida, ya de por sí difícil, de los veteranos y noveles trabajadores de nuestra escena? Aun no se ha hecho casi nada, pese a las buenas intenciones. Todo lo más, una labor negativa contra un teatro anterior, del que sería una injusticia prescindir sin un detenido análisis. Hay mucho teatro vivo y dormido anterior a nuestra guerra. El teatro, como todo elemento de nuestra cultura popular, que renace, tiene que tener un sentido de progreso, de continuación, un suma y sigue para nuestra riqueza. He hablado de un teatro vivo y de un teatro dormido que debemos conservar. No voy a remontarme a nuestros clásicos, ni siquiera a nuestros románticos. Quede este estudio para la actividad de la «Casa de la Cultura», que al servicio del pueblo acaba de reorganizarse. Me refiero al teatro contemporáneo y llamo teatro vivo al de don Jacinto Benavente, al de don Carlos Arniches y al de los hermanos Alvarez Quintero, por no citar sino los nombres más sobresalientes. No vacilo en afirmar mi respeto y admiración por gran parte de la obra de estos dramaturgos. Sería necedad desconocerles su importancia histórica y una ingenua injusticia el tratar de disminuir sus merecimientos. Sólo un detalle de cantidad dejará asombrados a mis lectores. D. Carlos Arniches ha estrenado más de doscientas comedias, y el señor Benavente y los hermanos Alvarez Quintero fueron de la misma fecundidad. Decir lo que representan literariamente en estos últimos veinticinco años motivaría muchos ensayos. Lo que sí puedo decir es que han sido autores populares, que han intentado siempre formar o deformar un público, exactamente lo mismo que tendrá que hacer la juventud que ahora empieza, partiendo, naturalmente, de mejores principios, aunque aun no podamos gustar o sufrir sus consecuencias.

El teatro dormido, que hay que salvar, es también de suma importancia. Le llamo dormido porque nunca o casi nunca le vimos le-

vantado del lecho, en este caso del libro. Teatro con poca fortuna en los escenarios de los pasados años próximos. Teatro de Azorín (algunas comedias suyas en un acto tienen que ser salvadas para nuestro público); teatro del cosmopolita don Jacinto Grau; teatro profundamente español, poético y trascendental de los hermanos Machado; teatro magnífico de Ramón Gómez de la Serna, el gran innovador, renovador, terremoteador de nuestras bambalinas. Si me pusiera a rescatar un repertorio, de lo que pudo ser y no fué por la maldita podredumbre del ambiente vital que durante tanto tiempo hemos respirado, se salvaría todo lo dicho y mucho más; el teatro de Concha Méndez, de Bergamín, de Ugarte, de Claudio de la Torre, de Casona, de Alberti de aquel tiempo. Se salvaría, sobre todo, el teatro de dos de nuestras mayores glorias literarias recientemente muertas, vivas para siempre. El teatro de Valle Inclán y el teatro de Federico García Lorca.

Mucho se puede decir sobre el teatro del autor de *Divinas palabras*. Ha de decirse mucho todavía, puesto que apenas si se dijo nada. Es curioso que, estando hechas las obras de Valle Inclán con los materiales más viejos y gastados, tenga, por la fuerza creadora de su genio, una supervivencia ilimitada. Los libros de Valle Inclán valen veinte reales, están decorados con un pésimo barroco apergaminado, están llenos de retórica d'Anunziana, de innecesarias dificultades en la redacción de las acotaciones... Y, sin embargo, es seguro que su obra llenará una época muy próxima de nuestra vida teatral. No puedo detenerme a estudiar toda la producción dramática de don Ramón. Como director de escena estuve preocupado con la presentación de tres obras suyas. No logré que se realizaran, pero al hacer el proyecto pude darme cuenta de sus posibilidades. Fueron estas obras *La cabeza del Bautista*, *La rosa de papel* y *Farsa y licencia de la reina castiza*. Esta última vale por las otras dos. Se deforma y anima un ambiente cortesano. Con erudición y fantasía, Valle Inclán produce un magnífico esperpento, cuya presentación exigiría en el director una enorme capacidad de trabajo. Todo está dicho en el texto. No falta detalle; pero por lo mismo que cada personaje tiene tal minuciosidad, la labor de cada actor (todos tendrían que ser primeros

actores) es de largo estudio, y la ordenación del conjunto, de una dificultad extraordinaria. En *La rosa de papel*, el protagonista es un proletario. La avaricia, la lujuria y la muerte constituyen el fondo de la acción. Una encamada que se muere en escena. El marido, borracho, que la roba y la besa. Los amigos de la pobre difunta. Cuando en un momento de la acción, aparece el viudo con una gran corona negra y plata, entre niños descalzos y vecinas curiosas, el ambiente resulta espeluznante. Yo no sé qué decir de esa tragedia. Me gusta como una bebida fuerte de un país lejano. En Valle Inclán todo es refinamiento. En el palacio y en la humilde casa de un obrero. Tanto en la perfidia como en la virtud. Su sensualidad es difícil, su pensamiento activo, su poesía nadie sabe de qué época. Pudo ser un modernista, pero lo cierto es que escuchamos en sus palabras a Quevedo, a Gracián, a Cervantes. Es un celta, parece un irlandés, como Singe, el autor de *Jinetes hacia el mar*, traducido por Juan Ramón Jiménez. *La cabeza del Bautista* es, de las tres obras citadas, la que tiene una representación más sencilla. Es un entremés melodramático. Gentes venidas de América con crímenes en el recuerdo. Una Salomé popular amancebada con el dueño de un establecimiento de bebidas, al que se complica con un asesinato. Ella cava la sepultura de su galán y luego de que su amante lo mata en sus brazos, le besa con delirio arrebatador. Yo quise que el decorado lo hiciera el pintor gallego Arturo Souto, y estoy seguro de que hubiéramos acertado a darle vida, a sacar esta obra de su sueño de veinte réales.

Y digo que este teatro, que todo este gran teatro, estaba dormido, porque el mismo García Lorca, que representó con gran éxito alguna de sus obras, nunca logró que fueran verdaderamente populares. En realidad Federico García Lorca murió desconocido. Le mataron las bestias cuando era todavía un lucero ignorado. Gran parte de su obra estaba por escribir. Siempre que se encontraba a un amigo le descubría un proyecto, inventaba su próxima tragedia. Ahora somos nosotros quienes tenemos que despertar para nuestro pueblo su magnífico teatro, que vivirá para nuestros campesinos, para nuestros compañeros en el trabajo de la Universidad y de las fábricas. Yo ya intenté hacer algo, seguramente mal y antes de tiempo, a pesar de la

generosa atención del Ministerio de Instrucción Pública y de su Dirección de Bellas Artes. Publicaré a continuación mis palabras al presentar en su memoria las estampas de *Mariana Pineda*. Leí aquella noche, emocionado, lo siguiente :

«*Mariana Pineda*, el drama que vamos a representar, se estrenó en Madrid durante la dictadura de Primo de Rivera. Aquel estreno, que constituyó un verdadero acontecimiento literario, tuvo también un profundo sentido político. Toda la España amante de la libertad acudió a las representaciones. Federico García Lorca tenía escrita su obra desde hacía tres años. La llevaba en su prodigiosa memoria de tertulia en tertulia inútilmente. Los directores no se decidían a representarla, entre otras razones, porque *Mariana Pineda* era entonces un drama político. Mariana Pineda, la romántica heroína española de la libertad, granadina como Federico, fué asesinada a manos de la reacción absolutista de Fernando VII por bordar una bandera de los liberales. Este es el tema de la obra que vais a escuchar. Margarita Xirgu, la generosa y fiel amiga del poeta, tuvo la fortuna de estrenarla en 1927. Han pasado diez años, los de una vida breve y fecunda, los hermosos años de creación de nuestro Federico, y *Mariana Pineda* se nos aparece hoy como la verdadera fuente de donde nace toda la labor lírica de nuestro poeta. Ya lo veréis. El romancero gitano ya se anuncia en el romance de *La corrida de Ronda* y en el romance a *La muerte de Torrijos*. Vais a oír canciones que luego tuvieron continuación en sus libros. De esta obra nace su vocación por la poesía elegíaca. Y sobre todo en Mariana Pineda, Federico García Lorca presagia y enaltece su desdichada y gloriosa muerte. Estamos aquí, en esta guerra, para recordar a la más inocente de sus víctimas. Yo he llorado su muerte como algo pequeño e imposible, casi sin creerla, pero al mismo tiempo me sentí lleno de una ira inmensa, de una cólera santa contra esa sociedad que nos ofende desde el otro campo y que nos escupe entre noticias de catástrofes flores de diminuto llanto, estrellas de profundo brillo, como esta muerte que ha encontrado para siempre un lugar en la noche. Y sin embargo no podemos en esta oportunidad sentirnos tristes. Este acto es una representación en memoria de nuestro Federico, en su memoria. Los actores que representaremos

Mariana Pineda estaremos en su recuerdo, nos moveremos en su fantasía, seremos como un sueño suyo, como si él estuviese vivo fuera de nosotros, como si estuviera creándonos desde su grandiosa y transparente presencia. Además, no estamos solos; el mismo poeta siente desde su tumba la fervorosa solidaridad internacional que nos asiste. El pueblo español no está solo en esta guerra para la defensa de la cultura y de la dignidad humana; la memoria de García Lorca no está abandonada a los corazones de sus amigos, al corazón de su pueblo. Han llegado de todas partes, han acudido aquí para sentir la vida heroica, para honrar la muerte heroica, los camaradas escritores de todo el mundo. Para ellos nuestra gratitud, la gratitud de nuestro pueblo, la gratitud también de nuestro Federico que, desde una tierra española en la que debió sentirse desterrado, desde su Granada nos pide venganza, diciéndonos con la mirada fija y penetrante de los muertos, que nuestra defensa de la cultura debemos transformarla en ofensiva contra la barbarie de los asesinos de España.»

Seguiré hablando de su obra. Federico García Lorca, poeta dramático, empezó escuchando las voces de la Naturaleza. En su primera comedia, *El maleficio de la mariposa*, los personajes eran insectos. Federico García Lorca se paseaba por el campo, olvidaba sus versos entre el césped, acudían los pequeños animales y empezaba la acción lírica. Todo ello con música. Federico sabía muchas canciones españolas. Las recordaba y las podía inventar. Vivía en su cortijo allá en Andalcúcia cerca de su Granada.

El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.

Escribía canciones. Era un niño con unos claros ojos creadores en donde se reflejaba todo el Universo. Luego de escuchar la voz de la Naturaleza, después de contemplar la vida exterior empezó a buscarse a sí mismo. Entonces nació el poeta enamorado. Escribió *Mariana Pineda*, su drama romántico, obra literaria más que teatral, más lírica que dramática, ya que en todos los personajes, casi siempre se escucha indistintamente la personalísima voz del poeta, sin que se marquen las diferencias esenciales a los distintos temperamentos.

Me decía : «yo soy ante todo poeta dramático». Y al decirlo expresaba un secreto júbilo creador. Cuando estrenó con clamoroso éxito sus *Bodas de sangre*, veíamos en él al nuevo Lope de Vega del Teatro Español. En su *Zapatera prodigiosa*, sentíamos a Moliere que revivía. En *Yerma*, Séneca y García Lorca se encontraron. Pensaba escribir una tragedia griega y me contaba el argumento : «En Córdoba vivía un rico labrador con su hijo, mozo solitario, que estaba enamorado de su jaca. El padre, para contrariar estos amores, se llevó al animal a una feria vecina para venderle. El hijo se enteró y fué por su jaca al mercado. Su jaca blanca, al verle, saltó con alegría la empalizada en donde estaba presa con el restante ganado. Volvieron jaca y mozo hasta el pueblo. El padre que los vió fué por su escopeta y disparando contra el animal le dejó muerto. El mozo, enloquecido, con un hacha, furiosamente, mató a su propio padre». Nunca escribió esta obra, pero cito este tema para demostrar que su fantasía le llevaba más allá de lo humano, por encima de su conciencia, a los mitos más incomprensibles, como un Esquilo de nuestro tiempo.

Después de una lectura íntima de *Las hijas de Bernarda Alba*, su última tragedia inédita y sin estrenar, en la que sólo intervienen mujeres, Federico comentaba : «He suprimido muchas cosas en esta tragedia, muchas canciones fáciles, muchos romancillos y letrillas. Quiero que mi obra teatral tenga severidad y sencillez». Federico García Lorca alcanzó en grado sumo sencillez y severidad en su última tragedia, que considero una de las obras fundamentales del teatro contemporáneo y consiguió esas cualidades luchando contra su propio temperamento que le ha llevado siempre a lo más barroco y exuberante de nuestra literatura.

Y, ¿qué decir del encanto de *Doña Rosita o el lenguaje de las flores*? No asistí a la representación, que tuvo lugar en Barcelona, pero tengo idea de la comedia por una lectura. D. Enrique Díaz Canedo me decía : Parece una buena comedia de Chejov. Estoy haciendo intencionadamente alusión a nombres distantes en tiempo y lugar de nuestro teatro. Séneca, Moliere, Esquilo, Chejov, etc. Pero es que se habló mucho de Federico García Lorca como poeta local. No. Su arte es universal y perdurará siempre. ¡ Qué gracia la de sus pequeñas composicio-

nes para el guignol ! ¡ Qué misterio en *Así que pasen cinco años* ! ¡ Cuánta profundidad en *El público* ! Todo está sin estrenar, sin publicar. Parece mentira. Pero estamos luchando por la defensa de la cultura. Todo se hará, lo haremos. El teatro español no está en decadencia. Tenemos un gran teatro que conservar y un gran teatro por hacer, que se está haciendo. Rafael Alberti tiene la palabra.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

ELEGIA

A UN JOVEN

MUERTO EN EL FRENTE

I

Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del mundo.

Has muerto. Irremediablemente has muerto.
Parada está tu voz, tu sangre en tierra.
Has muerto. No lo olvido.
¿Qué tierra crecerá que no te alce?
¿Qué sangre correrá que no te nombre?
¿Qué voz madurará de nuestros labios
que no diga tu muerte, tu silencio,
el callado dolor de no tenerte?

Y brotan de tu muerte,
horrendamente vivos,
tu mirada, tu traje azul de héroe,
tu rostro sorprendido entre la pólvora,
tus manos, sin violines ni fusiles,
desnudamente quietas.

Y alzándote,
llorándote,
nombrándote,
dando voz a tu cuerpo desgarrado,
sangre a tus venas rotas,
labios y libertad a tu silencio,
crecen dentro de mí,
me lloran y me nombran,
furiosamente me alzan,
otros cuerpos y venas,
otros abandonados ojos campesinos,
otros negros, anónimos silencios.

II

Yo recuerdo tu voz. La luz del Valle
nos tocaba las sienes,
hiriéndonos espadas resplandores,
trocando en luces sombras,
paso en danza, quietud en escultura,
y la violencia tímida del aire
en cabelleras, nubes, torsos, nada.

Olas de luz, clarísimas, vacías,
que nuestra sed quemaban, como vidrio,
hundiéndonos, sin voces, fuego puro,
en lentos torbellinos resonantes.

Yo recuerdo tu voz, tu duro gesto,
el ademán severo de tus manos;

yo recuerdo tu voz, voz adversaria,
tu palabra enemiga,
tu pura voz de odio,
tu tierno, fértil odio,
que hizo a la tierra arder,
crecer al hombre en puños como frutos,
puños de combatiente y camarada.
Tu voz, tu corazón, tu puño vivo,
detenidos, y rotos por la muerte.

III

Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del mundo.
Has muerto cuando apenas
tu mundo, nuestro mundo, amanecía.
Llevabas en los ojos, en el pecho,
tras el gesto implacable de la boca,
un claro sonreír, un alba pura.

Te imagino, cercado por las balas,
por la rabia y el odio pantanoso,
como tenso relámpago caído,
como la blanda presunción del agua
prisionera de rocas y negrura.

Te imagino, tirado en lodazales,
caído para siempre,

sin máscara, sonriente,
tocando, ya sin tacto,
las manos de otros muertos,
las manos camaradas que soñabas.

Has muerto entre los tuyos, por los tuyos.

OCTAVIO PAZ.

México, 1937.

VISION DE SEVILLA

¿Quién te verá, ciudad de manzanilla,
amorosa ciudad, la ciudad más esbelta,
que encima de una torre llevas puesto: Sevilla?

Dolor a rienda suelta:
la ciudad de cristal se empaña, cruje.
Un tormentoso toro da una vuelta
al horizonte y al silencio, y muge.

Detrás del toro, al borde de su ruina,
la ciudad que viviera
bajo una cabellera de mujer soleada,
sobre una perfumada cabellera,
la ciudad cristalina
yace pisoteada.

Una bota terrible de alemanes poblada
hunde su marca en el jazmín ligero,
pesa sobre el naranjo aleteante:
y pesa y hunde su talón grosero
un general de vino desgarrado,
de lengua pegajosa y vacilante,
de bigotes de alambre groseramente astado.

Mirad, oíd: mordiscos en las rejas,
cepos contra las manos,
horrores reluciendo por las cejas,
luto en las azoteas, muerte en los sevillanos.

Cólera contenida por los gestos,
carne despedazada ante la soga,
y lágrimas ocultas en los tiestos,
en las roncadas guitarras donde un pueblo se ahoga.

Un clamor de oprimidos,
de huesos que exaspera la cadena,
de tendones talados, demolidos
por un cuchillo siervo de una hiena.

Se nubló la azucena,
la airosa maravilla:
patibulos y cárceles degüellan los gemidos,
la juventud, el aire de Sevilla.

Amordazado el ruiñón, desierto
el arrayán, el día deshonrado,
temblosa el cancel, el patio muerto
y el surtidor, en medio, degollado.

¿Qué son las sevillanas
de claridad radiante y penumbrosa?
Mantillas mustias, mustias porcelanas
violadas a la orilla de la fosa.

Con angustia y claveles oprime sus ventanas
la población de abril. La cal se altera
eclipsada con rojo zumo humano.

Guadalquivir, Guadalquivir, espera:
¡no te lleves a tanto sevillano!

A la ciudad del toro sólo va el buey sombrío,
en la ciudad de mayo sólo hay grises inviernos,
en la ciudad del río
sólo hay podrida sangre que resbala:
sólo hay innobles cuernos
en la ciudad del ala.

Espadas impotentes y borrachas,
junto a bueyes borrachos,
se arrastran por la eterna ciudad de las muchachas,
por la airosa ciudad de los muchachos.

¿Quién te verá, ciudad de manzanilla,
amorosa ciudad, la ciudad más esbelta,
que encima de una torre llevas puesto: Sevilla?

Yo te veré: vendré desde Castilla,
vengo desde la tierra castellana,
llego a la Andalucía olivarera,
llamado por la sangre sevillana
fundida ya en claveles por esta primavera.

Vengo con una ráfaga guerrera
de jinetes y potros populares,
que están cavando al monstruo la agonía
entre cortijos, torres y olivares.

Avanza, Andalucía,
a Sevilla, y desgarras las criminales botas:
que el pueblo sevillano recobre su alegría
entre un estruendo de botellas rotas.

JURAMENTO DE LA ALEGRÍA

Sobre la roja España blanca y roja,
blanca y fosforescente,
una historia de polvo se deshoja,
irrumpe un sol unánime, batiente.

Es un pleno de abril,
una primaveral caballería,
que inunda de galopes los perfiles
de España: es el ejército del sol, de la alegría.

Desaparece la tristeza, el día
devorador, el marchitado tallo,
cuando, avasalladora llamarada,
galopa la alegría en un caballo
igual que una bandera desbocada.

A su paso se paran los relojes,
las abejas, los niños se alborotan,
los vientres son más fértiles, más profusas las trojes,
saltan las piedras, los lagartos trotan.

Se hacen las carreteras de diamantes,
el horizonte lo perturban mieses
y otras visiones relampagueantes,
y se sienten felices los cipreses.

Avanza la alegría derrumbando montañas
y las bocas avanzan como escudos.
Se levanta la risa, se caen las telarañas
ante el chorro potente de los dientes desnudos.

La alegría es un huerto del corazón con mares
que a los hombres invaden de rugidos,
que a las mujeres muerden de collares
y a la piel de relámpagos transidos.

Alegraos por fin los carcomidos,
los desplomados bajo la tristeza:
salid de los vivientes ataúdes,
sacad de entre las piernas la cabeza,
caed en la alegría como grandes taludes.

Alegres animales,
la cabra, el gamo, el potro, las yeguas,
se desposan delante de los hombres contentos.
Y parecen las mujeres lanzando carcajadas,
desplegando en su carne firmamentos.

Todo son jubilosos juramentos.
Cigarras, viñas, gallos incendiados,
los árboles del Sur: naranjos y nopales,
higueras y palmeras y granados,
y encima el mediodía curtiendo cereales.

Se despedaza el agua en los zarzales:
las lágrimas no arrasan,
no duelen las espinas ni las flechas.

Y se grita ¡Salud! a todos los que pasan
con la boca anegada de cosechas.

Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto
en una muchedumbre de bocas y de brazos.
Se ve la muerte como un mueble roto,
como una blanca silla hecha pedazos.

Salí del llanto, me encontré en España,
en una plaza de hombres de fuego imperativo.
Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña...
Me alegré seriamente lo mismo que el olivo.

EL SUDOR

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

MIGUEL HERNÁNDEZ.

TESTIMONIOS

LOS PUEBLOS DESTROZADOS

Los pueblos parecen haber roto su silencio, parecen haber escondido su silencio en algún lado. Aunque callen, algo grita y se mueve en ellos; aun en los que están más apartados de las líneas de combate. Pero sobre todo en las plazas soleadas y enigmáticas, al pie de un viejo castillo, plazas antiguas, presentes todavía, abiertas al cielo, frías o cálidas por el verdor de unos árboles umbrosos, en estas plazas que ahora llenan los soldados, bulle algo extraordinario y parece latir como el asombro por una vida en tránsito. Todo está roto: las familias, la intimidad, las casas... Y el pueblo parece llorar a solas lo que fué, parece llorar dentro de sí mismo, escondiéndose. ¿Dónde están las gentes? Las gentes se han ido, han muerto, han venido. Están por ahí perdidas. Son las mismas, con el mismo calor, con el mismo sabor de cerrada vida tejida por los siglos; pero ahora están sueltas, despegadas. Unas mujeres abandonaron esta casa, otras mujeres iguales han venido a ocuparla. Viven aquí provisionalmente y parecen de aquí, pero no lo son. Las gentes corren por los campos sin hogar, sin mulas, sin padres o maridos, con su casa ardiendo, con sus espejos, y su mesa, y su silla, y su pan, allí precipitadamente abandonados. Y llegan aquí, donde están los soldados viviendo entre el recuerdo y el olvido, entre la exaltación y el abandono, viviendo con un trozo de espejo, con un trozo de silla, con un trozo de pan. Y llegáis aquí vosotros y nada veis por fuera, porque todo vive dentro. Pero os hablan y les habláis. Y parecéis entonces sentir aun más que ellos ese dolor del caracol arrancado de su concha.

¿Cómo sería antes este pueblo? Antes en los pueblos las piedras parecían ordenar el silencio. Y las vidas eran también silencio. De ellas no veíamos las agitadas, particulares, curvas; no veíamos las diferencias esenciales, no veíamos la vida de cada uno. Veíamos sólo la vida total fluyendo, quieta, plena de colorido y carácter. La vida entonada en la severidad de la piedra parecía entonces encantada. Sólo muy lentamente algo cambiaba, pero eran los siglos los que allí tomaban cuerpo y daban tono, no los años.

Ahora las piedras están caídas, el silencio partido, las vidas deshechas. Aunque las piedras en el suelo guarden su color, como las vidas en pie, aun arrancadas de su lugar, conservan histórica fuerza.

Cuando la guerra pase, cuando podamos pisar de nuevo todos los pueblos de España, las ruinas que nos queden ya no serán dictatoras, ni las almas frescas vivirán encerradas. El soplo de los muertos habrá transformado el silencio. Habrá transformado la vida. Y nuestro corazón estará triste aún, mas sobre la tierra regada con sangre se levantará una clara esperanza.

VIEJOS AMIGOS

A menudo nos sucede encontrarnos con algún amigo, o conocido simplemente, de nuestra niñez o de hace largos años. Y a menudo también rehuímos el encuentro. Porque ese amigo está como unido a la remota atmósfera de nuestra vida pasada, distante e incomprensible. El nos trae el viento de un momento, de una situación, de una extraña visión del mundo, en la cual, sin embargo, nos reconocemos. Pero, ¡hemos cambiado tanto! Y aquella larva, ese amigo que formó parte de nuestra vida, que tuvo con nosotros un punto común, ahora es tosco, diferente, endurecido. No es aquel que fué único, excepcional; es sólo un hombre como tantos. Su vida no nos interesa, y resulta complejo recordar la nuestra. Aunque si lo llegamos a hacer encontramos en ello, sin duda, un placer; pero algo se resiste en nosotros. Preferimos pasar, olvidar. Y el amigo pasa como una nube portadora de nuestra misteriosa, anterior existencia. Así nos sucedió muchas veces; pero ahora, no. El amigo, el conocido raro, es ahora militar, como tú, y entre él y tú el pasado es sólo una base, un fondo. Lo que queda de personal entre él y tú no necesita ser recordado. Porque tú y él no sois ya pasado sobre todo, sino presente vivo. El pasado ya nos pesa más que el presente para reanimar por un segundo una dormida vida. Porque ahora nada parece dormir en nosotros —¿Tú aquí?—se exclama con alegría—. ¿En qué División estás? ¿Cómo se encuentra ese frente?—se pregunta. Y él sonríe y tú también. Y el pasado es nada, y aquel punto en donde un día os encontrasteis es nada, porque este presente de vida o muerte es todo, y en él fundidos y confundidos, distintos e iguales, se encuentran todos los viejos y los nuevos amigos del mundo. Y no necesitan palabras ni recuerdos para entenderse.

LA PAZ DEL HOSPITAL

Hemos entrado en un Hospital Militar que antes fué convento. En los claustros se respira aún una paz religiosa, mientras el agua sueña tímidamente en el jardín. Y hemos pensado en los contrastes de la guerra. Los que ahora aquí callan, gritaron un momento, en instantes terroríficos. Pero todo ha pasado. Ahora reposan. Y se oyen voces, esas voces perdidas de los largos corredores que llaman a la melancolía. Los que antes se unieron en el combate, ahora se unen en la calma. Y entre ellos, como oculta llama, crece una fuerte y auténtica camaradería, ese contento que se forja sobre todo con el dolor y el esfuerzo compartidos.

Y hemos pensado que por mucho que la guerra destruya con su estruendo, no podrán nunca destruirse del todo los recintos de paz que se forman en cualquier punto; sobre todo, allí donde ha estado la lucha.

CAMPESINOS Y SOLDADOS

Se habla a menudo del heroísmo y abnegación de nuestros soldados, y los adjetivos parecen meras palabras prodigadas a voleo. Pero cuando se ve de cerca a ciertos soldados y se quiere luego expresar lo que ellos son, se encuentra —el que escribe con honradez— sin palabras para definirlos.

Yo he visto soldados, campesinos huídos de sus tierras de Extremadura, que lucharon allí contra la invasión fascista y luego vinieron a nuestras filas. Llevan meses de incesante batallar. Pero se ha dado la consigna: «Ni un solo grano' de trigo sin recoger», y estos campesinos soldados cogen la hoz por propia voluntad y hacen la siega en el territorio que ocupan, sin recibir por ello beneficio material alguno, y sin perder de vista su fusil, que algunas veces, súbitamente, tienen que emplear para repeler un ataque.

Yo los he visto trabajando a pocos centenares de metros de las líneas enemigas, orgullosos de su labor, incansables, llenos de fe. Y al hablarles me han contestado con gestos sobrios, con espíritu encendido, con palabras que no acertaría yo a repetirlos.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO.

Madrid, julio, 1937.

NOCHE DE BOMBARDEO

Es preciso dar muchas vueltas en torno a esa noche. Es necesario rondarla ampliamente antes de intentar meterse en ella. Porque, ahora, ya pasada, es de gran dificultad y dolor el revivirla. ¡ Si yo pudiera recordarla sólo, o intentar un recuerdo levemente salpicado de reviviscencias !

* * *

NOCHE: Mucho se ha dicho sobre la noche. Desde la aptitud ferviente y enmarañada de tan ardorosa, de Romeo, que es ya tópica y cursi de tan humana, hasta la aceradísima, antihumana y criminal del gangsterismo; desde *la noche oscura* en que el alma ansiosa se disparó en luz, según el clásico que de ello supo más que nadie, a la noche formidable en que va a dar el luminoso espíritu de Hegel, ¡ ay la noche ! Pero la noche, tómese desde el punto de vista que se quiera, es siempre ambiente propicio a lo dramático. En ella se rompe la relación, desaparece el contraste, el hombre se aísla y la verticalidad, esencial a lo dramático, se ahinca con rigor insospechado.

Y cuando un acontecimiento consigue aislar a un grupo de individuos; cuando éstos son dramatizados, individualmente hasta un nivel que haga nacer entre ellos la aislante *relación de orfandad*, entonces el grupo entero se dramatiza y en el drama, tragedia más bien en este caso, emerge un personaje de vigor formidable: el grupo humano dramatizado; almas solas que, al lanzar *cada una* su clamor, se juntan en una unidad dramática piramidal.

¿ Sabéis vosotros de esto, mentes claras extranjeras, que os ocupáis en asuntos de España ? Perdonad mi pregunta, que sólo expresa duda en la forma, en la grafía, pero que el fondo es convicción. Necesito, después de esa última palabra, más dispensa vuestra, y pido con lealtad, serenamente, sin enojo ni menosprecio, no me malentendáis, pero vosotros no sabéis de nuestros anhelos y dolores, no oís bien el clamor de nuestras almas.

Porque ahora se trata de eso: de cosas del alma, de entraña. Se trata de entrañarse para poder luego extrañarse o quedar estupefacto ante los hechos. Vosotros, mentes claras del mundo, hombres acostumbrados a las cosas de espíritu, sabéis muy bien cómo éste se distingue del alma, y sabéis lo que es entender y lo que es la simpatía; sabéis que la postura inteligente, la del bueno y fino entendedor, es la de espectador agudo, la del que no entra en el remolino—sería un sentidor, no entendedor, si entrase—para verlo y juzgarlo, para entenderlo, hombre que

aisla su yo para que la visión no se le empañe con el polvo de la pasión o el sentimiento.

Hay momentos en la historia, cosas y sucesos en la vida, estados, que precisa y urge sean entendidos para bien de todos, pero que, por su especial calidad, no pueden serlo si el presunto entendedor no sabe, quiere, o puede situarse plenamente en lugar de. O creer—creernos—absolutamente. Hay cosas inaprensibles para el puro intelecto, v. g., un sabor, y hay momentos que no pueden ser entendidos, de los cuales no se puede saber, si a la capa intelectual que aisla el yo, no se le abre un poro por el que se una a la entraña de la situación.

Porque es en la entraña de la situación, y no en otra parte, donde está y es lo *dado* necesario e imprescindible a la función excelsa del entendimiento. Quien, sin entrañarse, me diga que entendió plenamente a Santa Teresa o Eckehart, no lo creeré.

Porque si—en su punto de vista—es cierto que nada hay en el entendimiento que primero no estuviera en los sentidos, salvo el entendimiento mismo, no lo es menos, que ningún sentimiento es entendederio si antes no pasó por el corazón.

Y es que se trata de entender un sentimiento español auténtico, tan auténtico, que su raíz está en las profundidades abisales del alma española; se trata de cultura enteriza, no de civilización, o lo que es lo mismo: se trata de cosas de entraña. Si el entendimiento no llega a esta raíz, que por ser esencialmente raíz viva, no puede estar al sol, en la superficie, y al alcance de miradas atentas, si el entendimiento no ahonda por el entrañamiento, no podrá conocer ni saber de eso, y el intelecto funcionará todo lo inteligentemente que se quiera, pero en una completa falsedad. Su acierto sería la auténtica chiripa.

Y no es que yo pretenda una total fusión, eso sería un ininteligente absurdo, lo que quiero es pretender abrir la puerta a una deseada situación. *Entrar en situación* es postura de espectador inteligente, pues si el que especta no entra en la situación—para llevarla luego al laboratorio de su crítica—es evidentemente un mal espectador; luego, un maldiciente o mal dictor, hombre que dice mal por deficiencia. O puede ser no más que un simple presumido.

Sentir para saber. De esto se trata hoy.

Y es lo enorme que ¿dónde la forma, para expresar mi sentimiento con palabras?

* * *

Noche. Han sido muchas las noches dramáticas de España, desde aquella en que el día 18 de julio pasado se fué de sombra en sombra hacia el pretérito.

Yo aislo ahora una en testimonio. ¿La silueteo con palabras dejan-

do intacto el hueco para que en él se precipite vuestro sentimiento? No sé cómo aproximarme o entrar en el espacio horrendo, eterno de esa noche. ¿Os dais cuenta? ¿Sabéis lo que es el tiempo y qué es la muerte para decirlo con toda precisión y claridad intelectuales?

Lo sabéis, pero no podréis decirlo sino por negaciones o exabruptos. ¡Muerto, yo no podré montar en bicicleta! ¿Os dais cuenta?

¡No os dais cuenta de esta noche de bombardeo! Esta noche..., ¡no!, freno, al revivir de ese momento de la noche aquélla. Así: *aquélla* y no ésta. Distanciamos por caridad, hermanos.

Cuántas veces se ha malofdo esta palabra, cacareada sin penetrar en su tuétano, sin amasarse en su miajón. Decir hermano es fácil y hasta lo es enternecerse diciéndolo. Pero sentirse hermano, sentirse ligado fraternalmente, con tremenda furia a causa de la verdad del sentimiento, es otra cosa, tan otra, que está bien impactada ahí la palabra furia.

Las bombas que desgarraban entrañas, las unían furiosamente fraternales. ¡Hermanos bajo las bombas en la noche!

¿Sabéis qué es esto?

¿Lo sentís?

Despacio y fuertemente apresurado:

En aquel río... Mejor: en ¡este! río, revivido ¡ahora!, hay arenita fina para limpiar la mesita de pino. ¿Por qué esta noche estallan las bombas sobre los cuerpos de los propios hijos? La mesita de trabajo está tan lejana, allá en un pueblo de Andalucía, hecho trizas hoy, ¡hijos!

¿Por qué asesinar, y en la noche?

¿Se puede ser asesino por naturaleza?

¿Qué gusarapos salen de los fondos humanos cuando éstos se remueven? Distanciamos, por caridad.

Aquella noche dormían los hijos y los padres. Se supo que fué en torno a las tres. En estos días de junio, casi a la hora cotidiana en que los gallos querían quebrar albores. Cuánta diferencia y qué contraste.

Dormían los padres y los hijos.

Esa confianza desamparada que es el sueño.

¿Rota ya para siempre la magna protección—porque es entrega plena—que el sueño implica?

Cuando los padres duermen están en desamparo y a merced, pero ellos creen que aun durmiendo amparan a los hijos, y éstos, por rigor de entraña, se creen amparados por sus padres. ¿Qué hilo sutil de humanidad es éste, cierto aunque impalpable, y que viene a romper el estallido de la bomba asesina?

Ahondar en la dirección de ese hilo, caminar por él, difícilmente, como por alambre del raro equilibrista que es el hombre en la vida,

en la vida enteriza y humana, que para serlo ha de repletarse de comprensiones ultranacionales.

Dormían todos confiados en ese último reducto innato que cree que aun dentro de la máxima encarnización, hay algo que no quiebra incluso por inútil, porque, ¿qué importa en una guerra dar muerte a un hijo y una madre, que duermen lejos del frente de batalla?

Y el hecho, el hecho crudo, punza hasta el fondo, esa humana credulidad.

Tremendo desamparo, porque es quiebra del buen abandono—que supone el sueño, en Algo Superior. ¡Ay pena!

Dormían confiados los niños. Los niños serenos. Ellos habían oído muchas, infinitas, detonaciones. ¡Qué ojos de espanto los de los pequeños mostrando entera la redondez de la pupila y una lágrima cuajada que no puede salir, y cómo miran sin entender el apresuramiento pavoroso de los mayores! Habían oído infinitas detonaciones. Sabían distinguir el cañón del mortero, los calibres, la bomba de aviación, calculaban incluso la distancia de los ruidos bélicos. Habían oído algunos cerca, muy cerca.

Pero una cosa es cerca y otra encima. En la nuca, en el nudo vital que en la nuca se hace, cuando el cuerpo se contrae, como un muelle en esa defensa desesperada ante lo brutal omnipotente. Es en la nuca donde se recoge toda la fuerza defensiva, el vigor final del salto imposible, que queda como último hilo de esperanza furiosa. Y es en la nuca donde resuena y rompe el furor de la acometida.

Dormían. Una bomba cerca los despierta. Seguido, pronto, inmediato, un fogonazo enorme, rojo, sucio, invade las estancias. En el núcleo de suciedad rojiza, se abre el tronar de la explosión. ¡Encima! Y todo se tambalea y cae derrumbado sobre los cuerpos estremecidos por otras explosiones.

Todo es de una sencillez enorme: una explosión, fogonazo, olor raro, y tabiques que caen sobre las personas. Nada más.

Porque no hay miedo. No es que lo domine la valentía, no, es que el miedo es sustituido plenamente, por una sorpresa infinita. Es una sorpresa formidable la que infunde esa explosión a la que uno puede llamar *suya*. Sorpresa: porque se rompen todos, ¡todos! los hilos. El terror, la angustia de, son sensaciones superadas.

Sorpresa infinita, eso es todo, y lo es acaso porque en un momento se evidencia la quiebra de los principios que servían de sustentáculo en la vida. ¡Qué milagro es el vivir! Y ahora, en la explosión, ¡qué enormísimo absurdo! Lo extraño, lo raro, no es la muerte, sino la vida, que se revela, no ya pendiente de un hilo, sino sustentada en el nadismo de una creencia que se viene abajo. ¡Qué sorpresa infinita!

Morir: Boquiabrirse de estupefacción ante la vida.

Pero aquel grito, ¡aquel grito de la niña, lanzado en ribete al estrellamiento explosivo y entre el derrumbamiento de tabiques! Una butaca fué lanzada sobre el techo. Aquel grito ¡¡paádre!!, agudísimo, cuchillo frío, grito de entraña. ¿Era ya la carne rota y desgajada en el cuerpo joven y querido, que gritaba en cruenta despedida? ¡Padre! ¡Qué sonido el de esta palabra en demanda de auxilio imposible! ¡Padre! ¡Qué revelación!, ¡qué apocalipsis! ¡Qué infinita, tremenda, sorpresa!

¿Y el silencio de la madre? ¿Por qué no se oía la voz de la madre? ¿Estaba muerta?

La niña saltó y vino corriendo, sobre ladrillos y cristales rotos. El pasillo era corto, y de pesadilla en la hoquedad rara en que le había dejado la huída del sonido de la explosión que, antes, ahuyentó al silencio del hogar. Silencio del hogar. Hay que repetir esas tres palabras. La niña venía sangrando por un costado. Su sangre en mancha sobre el camisón. Algo se rompe en el alma. Se mascaba polvo. Olía a infierno. Dijeron, luego, era el olor de la trilita. Se mascaba vidrio machacado y hecho polvo. La sangre no era del costado ¡aleluya!, era de un codo:

La maravillosa flor de aquel cuerpo renacía ante el padre, al influjo de las palabras mágicas del hijo que, sacudiéndose escombros de encima, acudió a su hermana mayor: No es nada—dijo—, es del codo.

El muchachote había dejado un rastro de sangre sobre el piso de la alcoba:

—No es nada—repetía, alzando un pie y mostrando la yema de un dedo seccionada.

Y se derramó un renacer de gozo.

¿Pero la madre? Como una sombra y un silencio pleno, caminaba hacia el grupo de los tres. Había hablado a la hija, que dormía en su alcoba. Muy quedo, como en un susurro, había dicho solamente, brevemente: Hija, aviones.

Dos solas palabras: toda la entraña en ellas y la delación de quien escucha el pisar de la inaudible sandalia del espanto.

Padres e hijos—tantos y tantos—en un solo corazón volcán de amores. Sobre el odio infernal que implica el bombardeo, un amor que se afianza en las entrañas y que se extiende a todos en esperanza, porque el hombre se resiste a creer en la quiebra definitiva del principio humano.

El pensar de uno queda así un poquitín desconfiado. Que no sepan esto los hijos. Pero es igual, porque son jóvenes y fuertes, como tantísimos en España, y todos son ¡la Primavera que llega! Benditos sean.

ANTONIO PORRAS.

DOS GRANDES ESCRITORES FRENTE AL FASCISMO

Damos aquí —recogidas con retraso, pero por creer que no fueron difundidas lo bastante entre nosotros, dada la altura de los dos nombres que les confieren, por otra parte, un permanente interés— las cuartillas que Juan Ramón Jiménez leyó públicamente a su llegada a América, en los comienzos de la sublevación militar que abrió España a la invasión extranjera. Y a continuación, la carta en que Thomas Mann acusa y emplaza a ese mismo nazismo alemán que el pueblo español trata de arrojar de su territorio invadido, a través de un año de lucha cruenta.

PALABRAS DE JUAN RAMON JIMENEZ

Acabo de llegar de España; he compartido en Madrid el primer mes de esta terrible guerra nuestra, y traigo todo mi ser conmovido por el hermoso ejemplo —único, creo yo, en la historia conocida de las guerras más o menos civiles del mundo— que ha dado el gran pueblo español.

En un solo día de visión rápida, de absoluto recobro de entera incorporación, nuestro pueblo tomó su puesto en todos los frentes contra la traición militar preparada año tras año, en medio de su noble confianza.

¡Y con qué frenético entusiasmo! El contrario engaño armaba su conciencia. Madrid ha sido, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la extraña alegría de una fe ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso. Y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad, habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la revolución militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes extraños. Y España, la República española, democrática y legal, estaría hoy reorganizándose, completando su firme ejemplo ante el mundo.

Mi ilusión, al salir de España para cumplir otros espontáneos deberes generales y particulares, era hacer ver la verdad de la guerra a los países extranjeros cuya prensa, supongo que por deficiencia de información, presenta los hechos con un aspecto distinto de la realidad. Se supone generalmente, y se dice en muchos periódicos americanos y de otros países, que el Gobierno español carece de fuerza, de justicia y de orientación. Si hubiese carecido de fuerza,

¿cómo hubiera podido hacer frente en un día, con los relativamente escasos elementos armados que le fueron fieles y con un pueblo que no había querido antes armar, a una revolución militar casi total y elaborada durante años? Y el Gobierno español ha procurado y sigue procurando por todos los medios a su alcance el respeto y el orden civiles. De esto estoy bien seguro, porque conozco y he oído constantemente al Presidente de la República y a algunos de los ministros del Gobierno. En todas las grandes conmociones de la naturaleza y de la vida hay zonas de sombra que nadie puede fácilmente alumbrar, comprender ni dominar, y nada grande puede ser instantáneamente perfecto. Las injusticias parciales, los desmanes de todo género se cometen, sin duda, en España por grupos de los dos lados enemigos; pero ¡de qué manera tan distinta son llevados por el Gobierno y por los militares contrarios! Estos militares organizan y dirigen militarmente el crimen y la venganza, destruyen pueblos, traen moros salvajes, eternos enemigos de España—este es otro asunto—, y legionarios extranjeros, famosos por su inmoralidad y su crueldad, para que, a cambio del botín, desarrollen plenamente sus actividades criminales. El Gobierno de la República y los representantes verdaderos del Frente Popular, en cambio, condenan cada día en la prensa, por la radio, por decretos, todo acto innecesariamente cruento o destructor; y sus milicianos, su aviación, su guardia civil, sus fuerzas de Asalto, sus carabineros, sus mozos de escuadra, sus marinos, dan muestra constante de mesura y dignidad. Es claro que no se puede evitar que tales grupos que merodean al margen de toda catástrofe, y que existen también normalmente en épocas de paz en todos los países, cometan, favorecidos por el desorden de la guerra, y en su nombre, actos que todos lamentan, que todos lamentamos, que son en muchos casos sancionados rápidamente por las mismas fuerzas leales al Gobierno.

Pido aquí y en todas partes simpatía y justicia, es decir, comprensión moral para el Gobierno español, que representa la República democrática, ayudada por el Frente Popular, por la mayoría de los intelectuales y por muchos de los mismos elementos conservadores. Si el Gobierno español se sintiera alentado, honradamente y sin miras avaras, por esa justicia y esa simpatía universales, podría acelerar la verdadera victoria, en la que los amigos del mejor destino de España confiamos, y a la que esta España, única en su cimiento invariable, tiene pleno derecho. Y pensad bien que esta victoria no sería sólo de España, sino del mundo. Esta victoria pondría a España en condiciones de desenvolver pacífica, noble, consciente, su lógica evolución social, con arreglo a su propio genio y carácter, sin dependencia política de otros países, que no la necesita; y evitaría quizás con su ejemplo la guerra del mundo, traída al mundo por los falsos, los pequeños, los miserables, y que en estos momentos está ya aguzando en lo bajo sus más espantosos filos.

CARTA DE THOMAS MANN

«Bonn, Dic. 19. 1936.—Al señor Thomas Mann, escritor : A solicitud del Rector de la Universidad de Bonn debo informar a usted que, como consecuencia de la pérdida de su ciudadanía, la Facultad de Filosofía se ve obligada a borrar su nombre de la lista de doctores honorarios. Su derecho a hacer uso de este título quedá, pues, cancelado, de acuerdo con el artículo octavo del Reglamento, referente a la otorgación de títulos

El Decano (firma ilegible). La Facultad de Filosofía de la Universidad Frederick-William sobre el Rhin.»

AL DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA DE LA UNIVERSIDAD DE BONN

He recibido la melancólica comunicación que me ha dirigido usted con fecha 19 de Diciembre. Me permito contestar a ella como sigue :

Las universidades alemanas comparten una seria responsabilidad en todas las presentes desgracias que ellas mismas se buscaron cuando trágicamente equivocaron su histórica hora y permitieron que el suelo alimentara las fuerzas crueles que han devastado a Alemania moral, política y económicamente. Esta responsabilidad de dichas universidades destruyó hace tiempo el placer que podría proporcionarme mi honor académico y me impidió hacer absolutamente uso alguno de él. Además, tengo hoy un grado honorario de Doctor en Filosofía y Letras que me ha sido conferido más recientemente por la Universidad de Harvard. No puedo menos de explicar a usted los motivos por los cuales me ha sido conferido ese título. Mi diploma contiene una sentencia que, traducida al latín, dice : «...nosotros, el Presidente y Miembros de la Junta Administrativa, con la aprobación de los honorables Superintendentes de la Universidad, en sesión solemne hemos designado y nombrado Doctor Honorario en Filosofía y Letras a Thomas Mann, famoso escritor, quien ha interpretado la vida para muchos de nuestros conciudadanos y que con sólo unos pocos contemporáneos sostiene la alta dignidad de la cultura alemana ; y le hemos otorgado todos los derechos y privilegios que corresponden a este grado.»

En tales términos, tan curiosamente contradictorios al punto de vista alemán del momento, los hombres libres y cultos del otro lado del océano piensan de mí, y puedo añadir que no es solamente allí. Jamás se me hubiera ocurrido hacer alarde de las palabras que acabo de citar ; pero aquí y hoy puedo, mejor dicho, debo repetirlas. Si usted, señor Decano (no sé nada del procedimiento que se ha

seguido para el caso), ha fijado una copia de la carta que me dirigiera a mí, en la tablilla de fijar noticias de esa Universidad, me complacería que esta respuesta mía recibiera el mismo honor. Quizá algún miembro de la Universidad, algún estudiante o catedrático, pueda ser visitado por un temor repentino, un presentimiento aterrador y prontamente dominado, al leer un documento que le da en su ignominiosamente forzado aislamiento e ignorancia un resplandor fugaz y revelador de la inteligencia que existe todavía fuera de su país.

Aquí yo podía terminar. Y, sin embargo, ciertas explicaciones más me parecen convenientes, o por lo menos permisibles en estos momentos. Nada dije cuando se anunció que yo había perdido mis derechos civiles, a pesar de que más de una vez se me pidió que lo hiciera. Pero estimo que el desposeimiento académico es una ocasión apropiada para hacer una breve declaración personal. Le ruego a usted, señor Decano (no tengo siquiera el honor de saber su nombre), que se considere como simplemente el receptor de una comunicación que no ha sido concebida para usted personalmente.

He pasado cuatro años en un destierro que sería eufemístico llamarlo voluntario, pues si yo hubiera permanecido en Alemania o hubiera regresado allá, probablemente no estaría vivo hoy. Durante estos cuatro años, el craso error cometido por la fortuna cuando me colocó en esta situación, no ha dejado nunca de atormentarme. Yo nunca hubiera soñado, jamás se me hubiera profetizado en mi cuna, que yo iba a pasar los últimos años como un emigrado, expropiado, proscrito, y condenado a inevitable protesta política. Desde el comienzo de mi vida intelectual, yo me había sentido completamente afín con el temperamento de mi nación, y muy en mi elemento dentro de sus tradiciones intelectuales. Soy más apropiado para representar estas tradiciones que para ser mártir de ellas; más apto para añadir un poco de alegría al mundo que para alimentar conflictos y odios contra él. Algo muy inicuo tiene que haber ocurrido para hacer que mi vida tomara una dirección tan falsa y tan contraria a mi naturaleza. Yo traté de parar esa iniquidad en lo que estuvo dentro de mis débiles fuerzas, y al tratar de hacerlo me atraje sobre mí mismo el destino que ahora tengo que aprender a reconciliar con una naturaleza esencialmente extraña a él.

Ciertamente que desaté la cólera de estos déspotas permaneciendo fuera del país y dando evidencia de mi irrepresible disgusto. Pero no ha sido simplemente durante los últimos cuatro años que lo he hecho. Yo me sentía así desde mucho antes, y fui llevado a ello porque veía—antes que mis ahora desesperados conciudadanos—quién y qué iba a emerger de todo esto. Pero cuando Alemania, por fin, cayó de hecho en esas manos, mi intención fué mantenerme callado. Creí que el sacrificio que había hecho me había ganado el derecho de silencio; que éste me permitiría conservar algo muy querido para mí—el contacto con mi público de Alemania—. Mis libros, me decía yo, son escritos para los alemanes, para ellos antes que para nadie; el mundo de afuera y su simpatía han sido siempre para mí tan sólo un accidente feliz. Ellos son—estos libros míos—el resultado de un vínculo mutuamente nutrido entre la nación y el autor, y dependen de circuns-

tancias que yo mismo he contribuido a crear en Alemania. Vínculos como éstos son delicados y de gran importancia; no debían ser rudamente rotos por la política. Aunque pudiera haber gentes impacientes en mi país natal que, por haber sido ellas antes amordazadas, tuvieran a mal el silencio de un hombre libre, yo podía todavía esperar que la gran mayoría de los alemanes comprendieran mi reserva, que quizás hasta me la agradecerían.

Estas eran mis suposiciones y mis propósitos. No pude llevarlos a cabo. No podía haber vivido y trabajado, me hubiera sofocado, si no hubiera podido de vez en cuando purgar mi corazón, desahogar de vez en cuando mi inmenso disgusto por lo que estaba ocurriendo en mi país—las despreciables palabras y los todavía más despreciables hechos. Con justicia o sin ella, mi nombre había sido una vez y para siempre relacionado para el mundo con el concepto de una Alemania que el mundo amaba y admiraba. Un reto inquietante sonaba en mis oídos; que yo y nadie más debía en términos claros contradecir la repugnante falsificación que este concepto de Alemania estaba sufriendo ahora. Ese reto perturbaba todas las ideas creadoras que fluían libremente en mi cerebro y a las que yo de tan buen gusto hubiera cedido. Era un reto difícil de resistir para aquel a quien le había estado permitido expresarse y desahogarse por medio del lenguaje, a quien la experiencia había sido siempre una con la purificante y eterna Palabra.

El misterio de la Palabra es grande; la responsabilidad por ella y por su pureza es de carácter simbólico y espiritual; tiene no solamente significado artístico, sino también un significado general ético; es la responsabilidad misma, la responsabilidad humana simplemente, también la responsabilidad por el pueblo de uno, el deber de preservar pura su imagen ante la humanidad. En la Palabra está involucrada la unidad de la humanidad, la integridad del problema humano, que no le permite a nadie, hoy menos que nunca, separar lo intelectual y artístico de lo político y social, y aislarse dentro de la torre de marfil de lo *cultural* propio. Esta verdadera totalidad forma una ecuación con la humanidad misma, y una persona—sea quien fuere—está haciendo un ataque criminal contra la humanidad cuando pretende *totalizar* un segmento de la vida humana, por lo cual yo quiero decir la política, el Estado.

Un autor alemán, acostumbrado a esta responsabilidad de la Palabra—un alemán cuyo patriotismo, quizá cándidamente, se expresa en la creencia en el infinito significado moral de lo que pase en Alemania—, ¿debe permanecer callado, enteramente callado, frente al mal inexpriable que se está haciendo diariamente en su país a los cuerpos, a las almas y a las mentes, al bien y a la verdad, a los hombres y a la humanidad? ¿Y debe permanecer callado frente al terrible daño al continente entero que representa este régimen destructor del alma, que está en profunda ignorancia de la hora que ha sonado hoy en el mundo? No era posible para mí permanecer callado, y, por tanto, contrariamente a mis intenciones, vinieron las declaraciones, los gestos inevitablemente comprometedores que han resultado ahora en lo deplorable y absurdo de mi excomunión nacional. El simple conocimiento de quienes son estos hombres que resultan poseedores

del despreciable poder aparente de privarme a mí de mi derecho de nacimiento alemán, es suficiente para que el acto aparezca en toda su absurdidad. ¡Suponer que he deshonrado yo al Reich, a Alemania, por confesar que estoy contra ellos! ¡Tienen la increíble osadía de confundirse ellos con Alemania! Cuando, después de todo, quizás el momento no esté lejano en que sea de suprema importancia para el pueblo alemán no confundirse con ellos.

¡A qué situación, en menos de cuatro años, han traído a Alemania! Arruinada, consumida y secada de cuerpo y alma por los armamentos con los que amenazan al mundo entero, asaltando al mundo entero y poniéndole obstáculos en su empeño de paz, amada de nadie, mirada con temor y con fría aversión por todos, está al borde del desastre económico, mientras sus *enemigos* extienden sus manos en alarma para salvar del abismo a miembro tan importante de la futura familia de naciones, para ayudarla, con tal de que recobre sus sentidos y que trate de entender las verdaderas necesidades del mundo en esta hora, en vez de soñar sueños místicos de *necesidades sagradas*. Sí, después de todo, tienen que ayudarla aquellos mismos a quienes ella obstaculiza y amenaza, para que no arrastre con ella el resto del continente y desate la guerra en la cual como *última ratio* tiene constantemente fijos sus ojos. Los estados maduros y cultos—quiero decir aquellos que entienden el hecho fundamental de que la guerra no es ya permisible—tratan a este país amenazado y amenazante, o más bien a los imposibles líderes en cuyas manos han caído, como tratan los doctores a un hombre enfermo—con el mayor tacto y cuidado, con inagotable por no decir condescendiente paciencia. Pero él cree que debe jugar a la política—la política del poder y la hegemonía—con los doctores. Ese es un juego desigual. Si un lado jugará a la política cuando el otro no piensa ya en política, sino en la paz, entonces, por un tiempo, el primer lado obtiene ciertas ventajas. La ignorancia anacrónica del hecho que la guerra no es ya permisible, resulta por un tiempo naturalmente en *éxitos* contra los que reconocen la verdad. Pero desgraciado el pueblo que, no sabiendo qué camino tomar, lo encuentra por fin a través de la abominación que significa la guerra, odiado de Dios y de los hombres. Tal pueblo está perdido. Será vencido hasta el punto de que nunca podrá levantarse de nuevo.

El sentido y el propósito del estado Nacional Socialista es sólo este y sólo puede ser este: preparar al pueblo alemán para la *próxima guerra* por medio de crueles represiones, eliminación, extirpación de toda agitación y oposición; hacer de él un instrumento de guerra, infinitamente dócil, sin el más mínimo pensamiento de crítica, guiado por una ciega y fanática ignorancia. Tal sistema no puede tener ningún otro sentido ni propósito, ninguna otra excusa; todos los sacrificios de libertad, justicia, felicidad humana, inclusive los crímenes secretos y los manifestos por los cuales ha sido gozosamente responsable, pueden justificarse solamente por el fin—absoluta preparación para la guerra—. Si la idea de la guerra como un objetivo en sí misma desapareciera, el sistema no signifi-

caría nada sino la explotación del pueblo; sería absolutamente sin sentido y superfluo.

A decir la verdad, es ambas cosas sin sentido y superfluo, no sólo porque no se le permitirá la guerra, sino también porque su objetivo principal, absoluta preparación para la guerra, va a resultarle en algo enteramente opuesto a lo que se propone. No hay otro pueblo hoy en la tierra tan absolutamente incapaz de ir a la guerra, tan poco preparado para sobrellevarla. El que Alemania no tenga aliados, ni uno solo en el mundo, es la primera consideración, pero la de menos. Alemania quedaría desamparada—algo terrible, naturalmente, aun en su aislamiento—, pero lo verdaderamente espantoso sería el hecho de que se habría desamparado ella misma. Intelectualmente reducida y humillada, moralmente desentrañada, internamente desmembrada por la profunda desconfianza en sus líderes y el daño que le han hecho durante estos años, profundamente intranquila ella misma, ignorante, desde luego, del futuro, pero llena de malos presentimientos, iría a la guerra, no en las condiciones en que fué en 1914, sino, aun físicamente, en las de 1917 ó 1918. El diez por ciento de los beneficiarios directos del sistema—la mitad de ellos ya caídos—no sería suficiente para ganar una guerra en la cual la mayoría del resto de su población vería solamente la oportunidad de sacudir la vergonzosa opresión que ha pasado sobre ellos por tanto tiempo—una guerra, esto es, que después de la primera inevitable derrota se transformaría en una guerra civil.

No, esta guerra es imposible; Alemania no puede hacerla; y si sus dictadores no están locos, entonces al asegurar que quieren la paz nos están mintiendo técnicamente a la vez que guñan el ojo a sus partidarios; tales aseveraciones provienen de que pusilánimemente se dan cuenta de esta misma imposibilidad. Pero si la guerra no puede ser y no será—entonces, ¿por qué estos ladrones y asesinos? ¿Por qué el aislamiento, la hostilidad hacia el mundo, el desorden, el interdicto intelectual, la oscuridad intelectual y todos los males? ¿Por qué no en vez de esto, el retorno voluntario de Alemania al sistema europeo, su reconciliación con Europa, con todo el acompañamiento esencial de la libertad, de la justicia, el bienestar y la decencia humana y una jubilante bienvenida del resto del mundo? ¿Por qué no? Solamente porque un régimen que en palabra y en hechos niega los derechos del hombre, que quiere, sobre todo, quedarse en el poder, se embrutecería y sería abolido si, puesto que no puede hacer la guerra, haría, en realidad, la paz. Pero, ¿es esa una razón?

Me había olvidado, señor Decano, que todavía me estaba dirigiendo a usted. Puedo seguramente consolarme con la reflexión que hace tiempo usted ha de haber dejado de leer esta carta, horrorizado por un lenguaje que hace tiempo dejó de hablarse en Alemania, aterrorizado porque alguien se atreva a emplear la lengua alemana con la libertad de antaño. No he hablado por arrogante presunción, sino por una ansiedad y un dolor de que esos usurpadores no me privaron al decretar que yo no era ya alemán—un dolor mental y espiritual del que mi vida no ha estado libre ni una hora durante cuatro años, y luchando con el cual

he tenido que hacer día tras día mi trabajo creador. La presión ha sido grande. Y como un hombre que por indiferencia en materias religiosas rara vez deja que se le escape de la lengua o de la pluma el nombre de la Deidad, pero, a pesar de ello, no puede en momentos de honda emoción reprimirse, permítame—ya que después de todo uno no puede decirlo todo—cerrar esta carta con la breve y ferviente plegaria : que Dios ayude a nuestra denigrada y profanada patria y la enseñe a hacer la paz con el mundo y con ella misma.

THOMAS MANN.

Kusnacht, Zurich, día de Año Nuevo, 1937

NOTAS

FEDERICO GARCÍA LORCA

ROMANCERO GITANO

EDICIÓN DE HOMENAJE POPULAR. EDITORIAL «NUESTRO PUEBLO», 1937

Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change—dice un verso de Mallarmé, que si no recuerdo mal es el primero del soneto dedicado a la tumba de Poe, verso famoso y repetidas veces citado, hasta ese aburrimiento que a veces se confunde con la popularidad, tan relativa siempre, porque, como aproximada y humorísticamente ha escrito Cocteau, «¿Quién es popular? ¿Victor Hugo es popular? Mi portera no lo conoce».

Al preguntarnos quién es popular se formula bajo otro aspecto la clásica interrogación de Larra: «¿Quién es el público?» Pido perdón por tantas citas acumuladas en breve espacio; sin duda mi memoria echa de menos, inconscientemente, los libros que ahora no tiene a su alcance, y se venga repitiendo tantos nombres y frases ajenas, que mucho temo no sean del todo exactas. Continúo, sin embargo.

Pero el verso de Mallarmé y la interrogación de Larra vienen a ser como dos *leit motiv* que acompañaron mi lectura en esta nueva edición, como *homenaje popular*, del *Romancero gitano* de Federico García Lorca. Hay de una parte algo fatal en el poeta, que es él mismo, figura definitiva que la posteridad ve moldear ante sus ojos atónitos, como un mármol inasequible, por la mano misma de la eternidad y del destino. Hay de otra parte esa gran equivocación colectiva, anónima y transitoria, que unas veces llamamos público y otras popularidad. Perdido en ella, el poeta, víctima primero, héroe después, se agita a través de su vida, que no tiene la misma forma, reconozcámoslo, en brazos de la popularidad que en brazos de la gloria. Pero son demasiadas frases en estilo noble.

Nadie, ningún poeta entre los actuales españoles con tantos derechos como Federico García Lorca para ser pura y hondamente popular, mucho más en tierra como la nuestra donde todo es pueblo, y lo que aquí no es pueblo no es nada, como podemos comprobar ahora. El pueblo, para vivir en calidad de tal, necesita a su lado quien le comprenda y quien le ame, sin proponérselo interesadamente, y quien por comprenderle y amarle no sea ya pueblo, sino fuerza suya ejemplar, poeta o dramaturgo, según su sino. Y un poeta así era Federico García Lorca.

Su arranque, su empuje primero, es, aún más que popular, anterior a lo popular mismo; su inspiración brota en la propia tierra que *luego* ha producido un pueblo. No sigue lo popular, no lo adula, como el desdichado Gabriel y Galán y como algunos inconscientes epígonos suyos de hoy. Es expresión trascendente de un pueblo, pero no es el pueblo mismo, por eso es escritor, y sobre todo poeta. Cosa curiosa: el poeta que cierta burguesía española más o menos letrada, pero con pretensiones de refinamiento intelectual, eligió entre los demás y al cual acarició y aplaudió como tal poeta, como dramaturgo o conferenciante, no fueron este o aquel menos populares de entraña, sino Federico García Lorca. Contradicción flagrante entre la elegancia y refinamiento aparentes de una clase que, al dejar de ser pueblo, no había conseguido llegar a ser otra cosa, y se había quedado en nada.

Esta empresa de traer el pueblo ante un poeta que tan soberbiamente supo dar voz a su silencio entrañable y secular, para que así se reconozca y aprenda a estimarse, ante un poeta que, por serlo, era un vasto espíritu libre y por ello fué muerto a manos de la sempiterna reacción española, muerte que sufrió, ahora sí, como pueblo, anónima y ciegamente, esta empresa, digo, es noble, pero no estará completa hasta que también se le ofrezcan las demás obras de Federico García Lorca.

Hermosos, hermosísimos romances hay en el *Romancero gitano*, aunque no sólo esos que tantos y tantas han canturreado y bailoteado hasta en disco y película. Hay otros también. Y pocos serán tan completos y definitivos como *El emplazado*, lleno de misterio y de amorosa angustia, tal una noche de primavera andaluza. Claro que en este punto cada cual tiene sus preferencias, y una de ellas puede ser tan legítima como otra. Bien dice Rafael Alberti en las palabras que preceden esta nueva edición: *sobre las piedras del antiguo romancero español pusiste otra, rara y fuerte, a la vez sostén y corona de la vieja tradición castellana*. Mas al señalarle antecesores, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, el Romancero tradicional, olvida un poeta andaluz romántico, de arranque popular también en muchos aspectos, el Duque de Rivas y sus *Romances históricos*, a mi parecer, con Juan Ramón Jiménez, el antecedente más directo del *Romancero gitano*. Lo que el Duque de Rivas le da como movimiento dramático, Juan Ramón Jiménez lo da como sugestión lírica. Y en el lenguaje otra dualidad: la reminiscencia folklórica deja el paso a la extremadamente culta, de Góngora sobre todo.

Pero volviendo al tema inicial suscitado por el verso de Mallarmé, para que la eternidad transforme al poeta en otro que sea él mismo verdaderamente, los comentarios, aun siendo de sus mejores amigos, lejos de ayudar a esa vasta labor inconsciente del tiempo, la entorpecen. Dejemos hablar al poeta mismo. Aparezcan sus libros. Porque Federico García Lorca no es sólo el autor del *Romancero gitano*; ya eso sería mucho, pero aún hay mucho más. Tres o cuatro libros inéditos de verso tenía Federico. Su teatro está casi todo también inédito. Y entre las obras editadas y agotadas, como el *Libro de poemas*, *Can-*

ciones o el *Poema del cante hondo*, sin aludir a un primer libro en prosa, y lo publicado menos conocido, como el *Llanto*, hay cosas tan hermosas, más hermosas quizá porque tienen una distinta profundidad, lo mismo que pueda haberlas en el *Romancero gitano*, que no ofrece, téngase bien en cuenta, más que un aspecto de su genio, tan diverso y complejo, filtrado de siglos, tal el alma del pueblo que en él se había encarnado.

No he intentado hablar aquí de Federico, de la persona que tan cerca y tan ligada estuvo conmigo, tan cerca, dicho sea con orgullo egoísta, que no creo pueda darme ya la vida lo que su muerte me quita. Para algunos entre nosotros ha empalidecido el mundo, el suyo y el nuestro, el único quizá donde podamos vivir. Muy poco he dicho también de su poesía. Otro día, más adelante, tal vez lo intente. No quiero, en todo caso, que aparezcamos sus amigos como deseosos de limitar su vida y su genio a nuestro ambiente. Al contrario, sólo he tratado, al ver cómo aquí o allá, en el periódico, en la conversación, en el libro, se trazan límites caprichosamente a su personalidad sin conocerla, sólo he tratado de decir que era más, mucho más. Búsquense sus originales, que es como buscarle a él mismo. Vicente Aleixandre, uno de esos dos mejores amigos entre los poetas, en unas líneas que son lo más lírico y lo más verdadero que sobre Federico García Lorca he leído ahora, alude a sus *Sonetos del amor oscuro*, cuyos borradores, si no se han perdido, podrán enseñarnos la hondura y calidad del poeta.

Todo esto no es *literatura*. Por horror a ella no he indicado, en unos versos que a su memoria dediqué, ciertos fuertes trazos realistas, como el pelotón de la guardia civil que lo mató, omisión que algunos echaron de menos, olvidando que yo no quería contar su muerte, sino cantar su resurrección, imposible, ya lo sé, en un mundo donde su amor, de ultratumba, sí, señor B *** de París, fuese el mismo que su amor vivo, porque el amor no tiene forma ni norma, y donde Federico García Lorca apareciera en fin como él mismo, pero ya no sujeto al tiempo ni a los hombres, sino a la eternidad y en brazos de su creador.

LUIS CERNUDA.

EXPOSICIÓN DE ARTES PLÁSTICAS MEXICANAS

Los intelectuales mejicanos que con motivo del II Congreso Internacional de Escritores habían venido a España, y que todavía siguen en ella por sentirse prendidos a nuestra lucha, organizaron hace unas semanas esta exposición de dibujos político-burlescos o revolucionarios y de fotografías que reproducen algunas pinturas murales de Diego Rivera, Clemente Orozco, y algún otro.

Hace algunos años, ya pudimos ver la magnífica exposición de pintura infantil y silvestre, fresca y apasionada, o sea, libre, de *Los niños mexicanos*. Diego Rivera y Clemente Orozco no son niños, pero hay en ellos tan inclinado gusto por lo primitivo y virginal, que muchas veces casi son semejantes a

niños. Pero es necesario preguntarnos: ¿hasta qué punto son *candorosos auténticos* estos dos pintores? Es indudable que Diego Rivera y Clemente Orozco son buenos *sabedores del quattrocento* florentino, y en sus obras más serias hay siempre huellas muy vivas de aquellos nombres tan puros, sobre todo de Giotto y Benozzo Gozzoli. Si Rivera y Orozco no fuesen mejicanos, o mejor, si fuesen de un país de gran historial pictórico en vez de ser mejicanos, su primitivismo sería inadmisibile. Inadmisibile porque no tendría ese frescor que en ellos aun existe, sino que al ser farsa y fingimiento, o más bien, al ser sólo voluntad cerebral y no natural inocencia, el primitivismo que de esto resultara sería forzosamente anacrónico y sin encantos.

Así que cuando dije que Diego Rivera y Clemente Orozco eran dos buenos sabedores del *quattrocento*, no he sido quizá muy exacto, ya que más bien son dos grandes *sentidores* de ese instante. El hecho de que Méjico no tenga un pasado pictórico hace que Rivera y Orozco sean el principio, sean los primeros, es decir, los primitivos de una escuela y de un país. Por eso no es un primitivismo ridículo, snob, fanteche, como lo fué el que estuvo de moda hace unos años entre las gentes aburridas de unos países que tienen detrás de sí una enseñanza de siglos. Podría decirse de estos dos mejicanos que no son *resurgidores* de Giotto, de Benozzo Gozzoli o Fray Angélico, sino que vienen a ser casi como *contemporáneos* suyos. Aunque esto no signifique, naturalmente, que estas pinturas al fresco sean para mí una equivalencia de aquellas otras tan lejanas, porque lo que las hace comparables no es, de ningún modo, la *calidad*, sino tan sólo su *condición* de primitivas.

Hasta aquí no he hablado de calidad. Nos interesaba primeramente saber si eran sinceros.

A Diego Rivera le encontramos más rural, más rudo y salvaje que a Orozco, más indio, de más terrosa inspiración. Al pintar parece como si manejara materiales durísimos, espesos, hasta resultarnos penosa y esforzada casi toda su obra. Sus hombres o mujeres dejan la impresión de rígidos personajes arcaicos, y aparecen en los grandes muros, no como figuras fijadas ahora, sino como figuras arrancadas de una civilización distante y perdida. Figuras que recuerdan esos extraños vasos del Perú con formas humanas, con fuertes y expresivos rostros indios.

Clemente Orozco es quizá más pintor y quizá pintor más cercano a nosotros, más dentro de la idea moderna que se tiene de la pintura—al decir moderna me refiero casi exclusivamente a Velázquez y a Goya—, es decir, contando ya con dos cosas que todos los primitivos pintores ignoraron: el aire y el movimiento. Más sutil, más flexible, más tierno que Rivera, no deja nunca, sin embargo, de ser fuerte. Y yo incluso me atrevo a encontrarlo más revolucionario también, ya que lo encuentro más vivo.

Pero ¿diríamos las mismas cosas delante de los originales? ¿No serán allí completamente distintas estas grandes superficies pintadas?

RAMÓN GAYA.

CRÓNICA GENERAL DE LA GUERRA CIVIL

EDITADA POR LA ALIANZA DE INTELLECTUALES
PARA LA DEFENSA DE LA CULTURA. MADRID

¡Cuán lejos de esta Crónica general de la guerra de España el estilo viejo de las crónicas y cricones medievales! Eran éstos, pelada relación, actas notariales, incluso de las más hazañosas empresas. Parecía que la rigidez medieval lo invadiera todo de verbal pesadumbre, aunque nos encantase, muchas veces, la graciosa cortesía de su decir, a la par grave y digno. La Crónica general, la Crónica de Castilla, la de Vicente Reyes, más claras ya y más amplias que los pasados cricones, latinos o romanos, fueron el curioso depósito de la profusión de muchas leyendas populares: el testimonio escueto de la Reconquista de España y el sobrio espejo de la vida popular.

Nuevamente España se va haciendo a sí misma, como nación fuerte y unida, en la empresa común de ir recobrando su territorio a la invasión extranjera y a la morisma. Las condiciones históricas se repiten y la defección y traición de nuestros actuales nobles tienen las mismas antiguas trazas vergonzosas. Aquellas condiciones, pues, no podían menos que repercutir en iguales expresiones literarias y los trazos fuertes y corajudos de la guerra civil, la lucha entre los moros, despertaron los ecos dormidos de nuestro romance heroico. No vale mucho el tiempo distinto, o no pesa demasiado como argumento, para acusar, de afectada, la resucitada producción poética. No existe sino necesaria renovación, allí donde el fondo de nuestra raza persiste y las condiciones históricas se repiten.

Pero el lenguaje y los modos de escribir son ya otros, y de aquellas frías actas notariales y escuetos relatos de hechos de guerra, a estas otras crónicas dinámicas de nuestro libro, va mucho. Naturalmente, es otro el lenguaje de estos apasionados y ágiles relatos, donde el estilo busca la misma prisa de la sangre para decir su narración de guerra.

Numerosas firmas jóvenes, acusadas unas, y otras creándose todavía un honrado estilo literario con nervio y belleza, llenan este libro con sus interesantes crónicas de nuestra guerra, vividas por sus autores con todos los latidos de sus pulsos. Son valiosos testimonios del frente de combate y de la retaguardia, también conmovida hasta los cimientos de sus casas, por el horror de la guerra desencadenada por las fuerzas reaccionarias del fascismo.

La Alianza de Intelectuales, que atiende pulcramente a la literatura de guerra, al presentar este tomo I de la Crónica general, justamente prologado por la escritora M. Teresa León, gana una batalla intelectual más al fascismo, reivindicando para la narración de nuestra gesta, la tradición popular de las Crónicas, a través de cuyas frías páginas de llanura, un pueblo indomable iba ganando, como ahora, España a la morisma.

Cuando acabe la contienda, nuestros escritores podrán presentar al mundo una digna literatura de combate, doblemente valiosa en sinceridad y belleza. Ellos, los traidores que facilitaron la invasión, sólo habrán dado, a más de su bellaquería, un triste balance literario en que, la literatura blandengue de un Pemán o un Sanchiz, alterna ya con las burdas charlas de Queipo de Llano, recientemente editadas a instancias oficiales de los facciosos españoles.

BERNARDO CLARIANA.

CANCIONERO REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

El primer cuaderno de la colección con este título ha comenzado a publicar la Sección de Música del Comisariado de Propaganda de la Generalidad de Cataluña, con la autoridad de Otto Mayer como recopilador y comentarista, nos viene a plantear, ya de un modo rotundo, dos problemas importantísimos para los músicos actuales, sobre todo hoy para los músicos españoles, problemas que nos venían rondando hace años y que desde el 18 de julio de 1936 han envuelto con violencia, sin que esto quiera decir que, francamente, se hubieran planteado.

El primero de ellos es el de la colaboración de los músicos, los músicos que respeten su arte, claro está, al movimiento revolucionario mundial. El segundo es el del tono, el lenguaje, la calidad, en suma, que ha de tener ese arte revolucionario. Son dos problemas inseparables, recíprocos, aunque los casos en que los habíamos entrevisto nos los hacían parecer antagónicos, y era esto lo que fomentaba nuestra desorientada actitud.

En efecto, se pedía la colaboración de los músicos actuales de mayor calidad, para el movimiento revolucionario, pero parecía que la música que éste necesitaba había de tener tal carácter elemental y simplista que el músico *mayor de edad* debería olvidar todo su arte, al que hasta el momento consagrara su vida entera, si no quería verse fracasado continuamente en su intento revolucionario.

Por eso el hecho de que en este «Cancionero» figuren los nombres de dos grandes compositores jóvenes—Szabó y Chostakovitch—conocidos del mundo musical por sus obras no concretamente revolucionarias, o sea las puramente musicales, y el de un compositor soviético, Kochetov, al que también supongo joven, y cuya primera presencia, para nosotros, es la canción de homenaje a la lucha del pueblo español que cierra este primer cuaderno del C. R. I., hace de éste un documento de estudio que hubiéramos deseado tener a nuestro alcance en anteriores ocasiones más propias a la reflexión que estos días espantosos de guerra.

El *Volga-Lied*, de Szabó, que aparece con el título de *Tierra libre*, me produce un efecto desconcertante. Leo y releo la nota de Otto Mayer, en la que se dice que las canciones de masas de Szabó son extraordinariamente populares. A la vista de la canción presente yo, en realidad, no puedo comprenderlo. Y no es su complicación técnica lo que me coloca en esta posición —(además la canción, por razones que desconozco, no aparece armonizada por el autor, por lo que sólo me he de referir a su parte vocal)—, sino su indecisión y falta de naturalidad, tanto rítmica como melódica. Porque conviene no confundir conceptos. Yo creo que la música ha de trabajarse con el mayor escrúpulo, como todo lo que se hace con amor, y que sus materiales rítmicos, melódicos, armónicos, han de ser cuidadosamente seleccionados y trabajados en sí mismos. Pero, ¿ha de ir esto en contra de la naturalidad? Bien al contrario. Creo que esa selección, ese *trabajo*, han de encaminarse a lograr la mejor calidad en perfecto equilibrio con una naturalidad inicial sin la que todo, en el arte como en la vida, resulta vano y falto de humanidad, que es, al fin y al cabo, lo único que la música revolucionaria debe buscar. Y la canción de Szabó carece, a mi juicio, de esa naturalidad. Sin embargo, la nota insiste ante mis ojos: «Sus canciones de masas son extraordinariamente populares». Y entonces concibo dos únicas posibilidades. O hemos de creer en la diferencia racial hasta el punto de que lo que a nosotros nos parece afectado pueda parecer lo más natural en la República alemana del Volga—por ejemplo concreto para esta canción—cosa que nunca habíamos tomado en serio cuando nuestros abuelos la sostenían, o bien que el concepto ha comenzado—¡al fin!—a comprenderse de una manera distinta a la de nuestras latitudes. O sea que una obra musical se puede, o incluso se debe, hacer *extraordinariamente popular*, no por su virtud (?) de que en una sola audición el público salga cantándola, sino mediante una insistencia en ella, un verdadero aprendizaje. Lo que antes sólo se concebía hacer con un coro de teatro o un pequeño círculo de amigos —enseñar a cantar canciones— hacerlo ahora con todos, pues todos podemos siempre formar un coro y todos debemos ser amigos.

Si este es el camino de la nueva popularidad, en buena hora haya sido adoptado, y deseamos que cuanto antes comience a practicarse entre nosotros que tanto hemos sufrido, y sufrimos aún, de la difusión de las más vulgares musiquillas, que son las que están siempre más dispuestas a echar a correr por esas calles.

Caso totalmente contrario al de Szabó nos muestra la canción de Chostakovitch, *En pos de la vida*. No puede darse mayor naturalidad ni mayor gracia musical. Su primera estrofa, sobre todo, es una perfección y una delicia sonora. Se siente inmediatamente la presencia de un gran músico —(cosa que no denota nunca la canción de Szabó)—; pero lo sorprendente es que no se reconoce en nada al autor de Sinfonías, Suites y otras obras cuya complejidad y aliento nos parecieron mucho más revolucionarios que esta canción encantadoramente académica. Porque Chostakovitch, con todos los reproches que se

le hagan en la propia U. R. S. S., y a pesar de las más exigentes críticas que puedan hacerse fuera de ella, es el único músico soviético —¿qué fué de Mossolov después de su impresionante «Fundición de acero»?— que ha conseguido dejar una huella en la conciencia musical del mundo, y con obras que, aparte su valor intrínseco y su orientación estética, son de una importancia capital para la música de las más jóvenes generaciones. ¿Por qué, pues, cuando hace una canción para esas *más jóvenes generaciones* de su país, no se le reconoce en ningún rasgo? ¿O es que Chostakovitch tiene dos estilos totalmente distintos, hasta la despersonalización, según que escriba música instrumental o música vocal?

Mozart ha sido el caso único, hasta ahora, del músico que ha abordado con el mismo acierto todos los géneros musicales —de cámara, sinfónico, religioso, teatral cómico y dramático, canciones, música circunstancial para bailes, fiestas, actos de masonería, etc.—; pero, ¿deja de estar presente alguna vez? Aparte de sus rasgos propios en la frase musical, es justamente el estilo lo que persiste, lo que traba toda la obra de Mozart —como la de los demás grandes músicos que han quedado en la memoria de las gentes—, y es precisamente la disparidad de estilo lo que nos sorprende en el caso de Chostakovitch. ¿A qué puede deberse? ¿Es que Chostakovitch ha encontrado una especie de fórmula unipersonal para escribir este género de canciones con una absoluta independencia del resto de su producción? Si esto fuese así podría justificar, o aclarar al menos, el carácter de la canción de Szabó, anteriormente comentada. Suponiendo que éste busca, sin haberlo encontrado aún, el camino que Chostakovitch domina totalmente para escribir canciones de masas y guardar sus más fuertes imaginaciones musicales para otros géneros. Pero esta postura no sé hasta qué punto podría considerarse consecuente con el profundo motivo que a todos nos conmueve.

Y este caso —insisto en él, porque lo creo trascendental— me sugiere aún otra posibilidad: ¿Escribe Chostakovitch de una manera cuando piensa en el mundo entero y de otra cuando piensa solamente en la U. R. S. S.? El tiempo, trayéndonos la futura producción, que todos esperamos con deseo, de Chostakovitch como de Szabó, es quien únicamente podrá cerrar tales interrogantes y mostrarnos dónde estaba lo mejor y lo más sincero de estas sensibilidades.

En cuanto al *No pasarán*, de Kochetov, todas mis alabanzas creo que serán pocas. Es una de las numerosas canciones que los compositores soviéticos han escrito en homenaje a nuestros gloriosos momentos; pero no es esta razón emocional suficiente por sí sola para la mejor predisposición, sino su *música*, lo que determina mi admiración decidida.

Es el caso de una melodía franca y rotunda, llena de fuerza rítmica y armonizada con una precisión e interés verdaderamente notables, que nos muestran un músico que no solamente tiene la sensibilidad a la altura del motivo heroico, sino que posee además a la perfección los medios técnicos —oficio musical— indispensables para que las ideas no se queden en una divagación más o

menos bella o en una mediocridad más o menos agradable. Desde luego, esta canción me parece muy superior, por todos conceptos, a las de Szabó y Chostakovitch. No hay un momento banal ni, dentro de la máxima naturalidad de idea y de construcción, un compás que no esté trabajado y, a mi ver, encontrado. Se ve a un músico en su elemento. Haciendo música. Y no parece tener en cuenta si ésta ha de ser más o menos fácil ni si su tratamiento más o menos complicado. La calidad es tal que no parece, dentro del reducido ámbito de una canción, haber podido sufrir la menor preocupación, y la estructura es tan musical que nos hace pensar en las posibilidades del autor fuera de este género. Y esta es, para mí, la gran señal. Cuando la materia expresiva de una obra de arte produce, por sí y acerca de sí, sugerencias, allí hay algo. No conocía ni de nombre al compositor Kochetov; pero, aparte de mi reconocimiento como español antifascista por lo que su canción tiene de mensaje, le debo la gran alegría de una impresión clara, decisiva, sobre lo que debe ser —lo que es— este género de música, porque me demuestra que la música que ellos hacen está muy lejos de lo que por aquí se ha entendido como música revolucionaria, y está muy cerca, en cambio, de la que escriben algunos de nuestros compositores, de los que por sentir ese afán de calidad, se ha dicho repetidamente que no podían colaborar con su arte en la lucha que a todos nos sacude.

Y comparando el caso de Kochetov con el de Szabó y el del propio Chostakovitch, me surge la posibilidad de que nuevas generaciones de músicos, con una menor complejidad —¿confusión?— espiritual que la que da irremediablemente una época de transición y su inmediata siguiente, puedan abordar todos los géneros con la misma ingenuidad inicial, sin tener que saltar barreras diferenciales, y entonces puede ser que, no ya para una corte de elegidos aristócratas, sino para una humanidad consciente y trabajadora, lleguemos a encontrar al nuevo Mozart, que buena falta nos está haciendo.

En cuanto al resto del *Cancionero* poco puede decirse. Está integrado por las canciones revolucionarias que podemos considerar ya como clásicas: las espléndidas melodías de *La Internacional* y *Els Segadors* —ésta, en la versión acertadísima de Joan Lamote de Grignon—; las francamente mediocres *Joven Guardia*, *Marcha del Ejército Popular* —que es, con leves variantes, la canción italiana *Guardia rossa*— y el *Himno Nacional Mexicano*, las tres llenas de los peores resabios de la peor música del XIX: la música de orfeón; y dos de las más bellas canciones históricas de la lucha revolucionaria: la *Varchavianka*, canción polaca que con el título español de *A las barricadas* utiliza desde hace mucho tiempo como himno la Confederación Nacional del Trabajo, y la maravillosa *Marcha fúnebre* en honor de los muertos de la primera revolución rusa.

Desagradable es hoy, en una publicación de esta índole, señalar defectos; pero como creo que nuestro deber es ayudarnos y una de las mayores ayudas es exigir la perfección, no quiero dejar de aludir a uno que me parece fundamental.

Me retiro a las traducciones castellanas de las letras de las canciones. Pasemos que *Els Segadors* aparezca sólo en catalán —como contrapeso, quizás, el *Himno Mexicano* se presenta en castellano solamente—; pero lo que es muy de lamentar es que el resto de las canciones haya sido traducido, con la mejor voluntad sin duda, pero desconociendo la rítmica castellana. No hay más que una canción —*A las barricadas*— en la que el ritmo prosódico se hermana con el musical. En todas las demás están en perfecto desacuerdo. Y esto produce —aparte del defecto gramatical y estético— una dificultad material para la divulgación de las canciones. Una buena traducción de una letra para cantar ha de guardar, en primer término, esta armonía rítmica; pero ha de conseguirla sin añadir ni suprimir notas a la melodía. En este género musical, más que en ningún otro, es el perfil melódico el primordial rasgo de reconocimiento y de recuerdo. Por tanto, si lo alteramos añadiendo o suprimiendo notas, según que las primeras palabras que se nos ocurran tengan más o menos sílabas, atentamos directamente contra la canción y contra su efecto. O sea contra el autor y contra su público. Esto ocurre repetidamente en el *C. R. I.*—*I* e incluso en la versión de *La Internacional* —bien es verdad que no es la letra que allí aparece la que se ha popularizado entre nosotros y que la versión catalana es peor aún rítmicamente—. La cuestión exige solamente un trabajo un poco más pesado, pero creo que merece ser tenida en cuenta.

Y para terminar con estas objeciones quiero señalar solamente la cuestión de la calidad elemental de las palabras. Todo puede decirse con un elemental decoro poético, y en general también lo echamos de menos. Por ejemplo, la letra castellana de la *Marcha fúnebre*, en especial su segunda estrofa, es algo que no puede admitirse ni como original ni como traducción por nadie que sienta el arte y la revolución. Y en el caso de esta *Marcha*, la versión catalana es de bastante acierto y belleza. ¿Por qué, entonces, estas letras castellanas? ¿No hay en Barcelona un poeta castellano que pueda hacerlas? Llámeselos, que, sin duda, han de acudir a este trabajo.

Por lo demás, sólo encomios merece la Sección de Música del Comisariado de Propaganda de la Generalidad de Cataluña, tanto por haber iniciado esta publicación como por haber encargado de ella a Otto Mayer, caso verdaderamente ejemplar de garantía, tanto artística como social. Y esperemos de tal garantía, ver en cuadernos sucesivos alguna de las canciones que los más grandes compositores mundiales —no ya los jóvenes— han escrito para las agrupaciones musicales revolucionarias, según nos anunciaba Lebedinsky en su manifiesto de hace unos años sobre la música y la revolución.

ENRIQUE CASAL CHAPI.

ASOCIACION ESPAÑOLA DE RELACIONES CULTURALES CON LA U. R. S. S.

Organizado por la AERCU y llevado a efecto por su Sección Musical, el día 4 de agosto pasado se celebró un concierto de música soviética en el Conservatorio de Valencia, bajo la dirección de su director, Francisco Gil. Música de cámara: para solistas, para trío y para pequeña orquesta, y cuatro compositores en el programa: Potowinkin, J. Nadirov, Aram Chatchatourian y Miaskowsky. Este último, ya logrado y de historial en el desarrollo del arte musical ruso, se incorporó desde el primer instante al movimiento revolucionario de la URSS.

El acto fué el comienzo feliz de una serie de conciertos que la AERCU se propone llevar a cabo, con el fin de estrechar más aún nuestras relaciones con la URSS. Sánchez Arcas, secretario general de la AERCU, leyó unas cuartillas, anuncio de un programa a seguir cuyos temas prometen positivos resultados.

Música soviética hemos dicho: música revolucionaria debe entenderse. ¿En su fondo o en sus intenciones?

Aunque en la Rusia actual el desarrollo y cultivo de las artes haya alcanzado su máxima actividad, no puede decirse por ello que en la Rusia de los Zares la música fuera sólo patrimonio de ricos y aristócratas: el pueblo ruso, de una sensibilidad musical extraordinaria, siempre llevó consigo, como medio de expresión, un mundo sonoro que fué a la vez lenguaje íntimo y expansión de sus vibraciones más intensas. ¡Quien haya oído alguna canción de la vieja Rusia se habrá sentido en presencia de algo que tiene raíces en el árbol secular de lo imperecedero! Siempre tuvo música Rusia, y es fecunda tarea para espíritus ávidos repasar la historia de su evolución: ya sean Dargomijski o Glinka quienes hablan con sus geniales atisbos, ya el diverso *Grupo de los Cinco* con sus errores o sus aciertos señeros, ya Strawinsky o Prokofiew con su música pletórica de una cultura extrema el primero, producto de su temperamento, *intuitiva*, la del segundo, nunca desaparece el paso racial en la música rusa, separando, entre sus esencias de hoy, las de entraña netamente popular y las que entran en los dominios de la música pura, a la que, aun sin quererlo, imprime el artista la huella de su sentir forjado, inexorablemente, por el ambiente que le circunda

¿Es ésta la característica que hemos podido apreciar en los exponentes del concierto que motiva estos comentarios? Desde luego, sí. Pese a sus intenciones, los ecos revolucionarios se deslizan, en estas obras soviéticas, por cauces conocidos, a lo largo de los cuales el carácter racial a que acabamos de aludir emerge inequívocamente en nuestros días. Carácter que, por otro lado, no veda a los

compositores soviéticos la búsqueda de nuevos modos expresivos. Los han hallado en parte y hasta felizmente, no sin que por esto dejen de percibirse los titubeos e indecisiones que trae aparejada toda labor innovadora. Ello explica el que la relación íntima de los materiales entre sí aparezca un tanto incierta en algunas de estas obras, especialmente en el *Trío para clarinete, violín y piano*, de Aram Chatchatourian, nada vulgar, cierto, de gran fantasía rítmica y sólida trama contrapuntística, de temas sugestivos y timbres bien logrados, pero un poco en desacuerdo con esa unidad precisa que lleva a la plenitud. Produce, empero, este trío de Chatchatourian grata impresión en el oyente, porque por encima de la incoherencia formal anotada logra imponerse una transparencia casi latina, que es quizá su cualidad más saliente.

También las *Tres piezas para piano*, de Potowinkin; *Despedida, Canción popular ucraniana* y *Danza popular rusa*, acusan, en mayor medida, intenciones innovadoras, particularmente la primera, *Despedida*, de imprecisas armonías y especial colorido, reveladores de procedimientos técnicos poco corrientes, aunque sí ya experimentados en el gran laboratorio internacional. *Canción popular ucraniana* y *Danza popular rusa*, vernáculos por esencia, ofrecen contraste con la primera, *Despedida*, por la fuerza rítmica y carácter de aquéllas.

Una *Canción a Lenin*, para violoncello y piano, nos pareció noble en su línea y subrayada su expresión por un sentido patetismo.

En las obras de Miasowsky, el compositor más definido de los que figuraban en el programa, se advierte la mano segura de quien, como él, ya domina la materia: concisión de forma, claridad y coordinación de ideas. Las reminiscencias clásicas que a través del *andante* de su *Serenata para pequeña orquesta* llegan a nuestros oídos son más bien el resultado de una despreocupación consciente del artista, quien por encima de todo eco tradicional sabe hacer, no obstante, que prevalezca el estilo original de su auténtica personalidad. Esta resalta en el *Allegro*, de gran energía, nobleza de temas y fuerte sabor ruso, y más aún se patentiza en el *Presto final de la Sinfonietta para orquesta de cuerda*, que, impregnada de romanticismos evocadores, es un fino tejido contrapuntístico: fué este tiempo, último del programa, el exponente de una bella realización musical.

Este concierto de música soviética nos ha puesto en contacto, y una vez más nos ha revelado su valor, con unos intérpretes de talento, enervorizados por el momento y su significación. Carmen Benimeli, en las *Tres piezas para piano*; Natalia Frígola y Daniel de Rueda, en la *Canción a Lenin*; Conejero, E. García y D. de Rueda, en el *Trío para clarinete, violín y piano*.

La Orquesta de Cámara de Francisco Gil sonó muy bien. Sus timbres ponderados, su ajuste, su ritmo, trajeron a nuestra memoria recuerdos de otras agrupaciones extranjeras en la plenitud de su rendimiento, oídas en centros musicales de primer orden. Y es que, aparte la buena calidad de los intérpretes, hay en todo conjunto orquestal problemas hondos que resolver, no sólo

por lo que de intuición tenga quien los dirige, sino por las aptitudes de líder que posea. Francisco Gil es, indiscutiblemente, un director de orquesta. Se advierten en su trabajo las tres condiciones precisas que le acreditan como tal : precisión en los gestos, ritmo y flexibilidad. Domina el conjunto y obtiene relieve, pone al descubierto las aristas ejes de la obra, dejando siempre en primer plano la línea general, la arquitectura, sostén de la forma, sin descuidar detalles secundarios. No estamos en España sobrados de directores ; razones complejas, cuya explicación quedaría al margen de estas notas, no han permitido la formación de nuevos valores en el arte de dirigir orquestas, y si alguno logró formarse fué en tierras extranjeras, atormentado por añoranzas y ansiando revelarse algún día en su patria. Hoy que una nueva era, limpia de trabas egoístas, se inicia para el arte en la España republicana y liberal, bien venidos sean los directores que, como Francisco Gil, prometen labor fecunda.

PEDRO SANJUAN.

Valencia, agosto 1937.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU
PROCEDENCIA

SUMARIO : *Antonio Machado* : Sobre la Rusia actual. *María Zambrano* : La Reforma del Entendimiento español. *Manuel Altolaguirre* : Nuestro Teatro. *Octavio Paz* : Elegía a un joven muerto en el frente (poema). *Miguel Hernández* : Visión de Sevilla. Juramento de la Alegría. El Sudor (poemas). *Antonio Sánchez Barbudo* : Los pueblos destrozados (Testimonios). *Antonio Porras* : Noche de bombardeo (Testimonios). Dos grandes escritores, frente al fascismo : Palabras de J. Ramón Jiménez, y carta de Thomas Mann. *Luis Cernuda* : Federico García Lorca. Romancero Gitano. *Ramón Gaya* : Exposición de Artes Plásticas Mexicanas. *Bernardo Clariana* : Crónica General de la Guerra civil. *Enrique Casal Chapí* : Cancionero Revolucionario internacional. *Pedro Sanjuán* : Asociación Española de Relaciones Culturales con la U. R. S. S. *Juan de la Cabada* : Taurino López.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

R E V I S T A M E N S U A L

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.
A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.

SECRETARIO: *ANTONIO SANCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

JUAN DE LA CABADA

TAURINO
LOPEZ

(FRAGMENTO DE NOVELA)

1937

TAURINO LÓPEZ

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Revestía el espectáculo cierto aspecto fantasmagórico. Al pie de una meseta baja, de diez peldaños rústicos, abríase la explanada donde se aglomeraba la concurrencia. Primero bancos, luego sillas que cada quien trajo cargando para sí; después, sin asiento: hombres, mujeres y niños con hachones de largas llamas en alto. Las caras de rojo resplandor fulgían desarticuladas de la ciega penumbra de sus cuerpos. Era la noche de un jueves. Sobre la meseta, improvisados actores campesinos representaban "Alta Mar", obra original de una de las misiones culturales del Ministerio de Educación Pública de la Federal y Democrática (en principio) República de Pénjimo. Sabíase, por experiencia, el grande y natural afecto de las sencillas gentes pueblerinas, hacia escenarios lejanos, nunca vistos, de contraste con el de sus vidas ordinarias. Así, pues, cuando a las misiones les urgía éxito fácil, sin consecuencias de pugna con los caciques, montaban en puertos de mar, teatro de praderas, de montañas, de pastores; y viceversa: de marina, de buques, de pescadores, si el público se componía de labriegos.

—...además—concluyó el Jefe de la misión al defender el ventajoso esquema de la obra que acababan de urdir---, no sólo es un medio de despertar el gusto por el teatro hasta crear en la masa necesidad de él, sino que, sin exponer nuestro trabajo al suicidio antes de comenzar, tocamos los propios problemas locales. En distinto ambiente el caso es aquí el mismo: la tiranía de un capitán, tremendo, taimado, audaz, impulsivo, repugnante...

Veinte de esas misiones recorren los más ignorados rincones de aquel país. Cada una consta de un Jefe de misión, un organizador económico-político, un pintor, un músico, un manipulador de cine, una trabajadora social, un agrónomo, un técnico de pequeñas industrias y un profesor de cultura física.

* * *

Terminada la representación, cierto individuo (1), absolutamente distinto del resto del público, aplaudía entre las gradas de la rústica escalera. Todos aplaudían.

(1) Taurino.

---¡Los autores! ¡Los señores Profesores!---pedía el individuo.

Por fin subió a la meseta; se perdió tras el modesto decorado, y dijo al Jefe de misión:

---Salga a decirle al público que digo yo que tienen que venir todos aquí el domingo, a las diez.

---Lo siento, pero eso mejor lo dice usted. Yo no tengo autoridad.

El individuo dió una vuelta rápida y voceó desde el escenario:

---Ey. ¡No se vayan! Yo les mando que vengan todos a este mismo lugar el domingo próximo, puntualmente a las diez. ¡Que nadie falte!

Cuando bajaba, pasó cerca del Jefe de misión y le sopló:

—Sólo le pedí a usted ese favor para ver si el Profesorado me respaldaba. Pero veo que los señores profesores en nada me respaldan. ¡Está bien!

Desde el día siguiente—viernes---en adelante, el técnico de pequeñas industrias no dió ya sus lecciones prácticas de jabonería, porque los nueve alumnos del curso dejaron de asistir; el músico no pudo ensayar con la ínfima banda que estaba reuniendo, pues ninguno volvió a presentarse a la escoleta; la trabajadora social visitaba las casas para sus pláticas de higiene y tocología, e invariablemente le contestaban que las mujeres se hallaban fuera; el pintor no pudo continuar el mural que tenía empezado en la escuela, porque los albañiles no volvieron a prepararle la pared. Sólo el profesor de cultura física lograba seguir ejercitando a los niños de instrucción primaria. El sábado por la tarde se suspendió el ensayo de teatro; nadie asistió. Por la noche se abrió la función de cine en la plaza, y no hubo quien se detuviese a mirar.

El domingo, el individuo de que hemos hablado pronunciaba un discurso: "Somos más numerosos que los de Extoraz y tenemos la misma porción de tierra. ¿Por qué? Y en Extoraz viven trescientas personas que son de aquí; a esos trescientos hay que llamarles desde ahora, recuérdennos siempre, los "cautivos peñamillerenses". Ellos allá nos ayudarán a conquistar las vegas que nos faltan y tendrán, a su vez, mejor vida entre los extoracinos"...

Le aplaudieron y le lanzaron treinta y tres vivas multitudinarios, en serie de tres.

—¡Perfecto!---exclamó---. Ya se ve que aquí hay quien cuida, el ojo desinteresado que no duerme y pone las cosas chicas y grandes en su sitio, y no como en otros lugares reaccionarios donde unos perezosos, avaros, envidiosos (que falsamente se titulan revolucionarios) desbarajustan, revuelven y no dejan nada a los demás. Sépase que los presentes sin excepción, desde este instante, pertenecemos a la "Unión Patriótica de Defensa". En el Comité Ejecutivo dispuse una Secretaría de Relaciones a cargo del relojero Chucho Vivas, mi antiguo compañero de armas en Taipico. Esa Secretaría de Relaciones, no lo olviden, tendrá una sección que atenderá la

propaganda y las reclamaciones de los "Cautivos Peñamillerenses en Extoraz". ¡Libertad y adelante!"

El mismo domingo por la tarde, la Misión acordó que salieran el agrónomo y el organizador económico-político para Extoraz y se pusieran a las órdenes del ingeniero que allí repartía las tierras. El lunes por la mañana cruzáronse en el camino con tres peñamillerenses emigrados quienes, tras un año de ausencia, iban de recreo y por ver a sus familiares, a pasar el día en su pueblo. Cuando llegaron a sus casas colmóseles de conmovedor trato: los padres, los hermanos, los parientes, las amistades no cesaban de tocarlos, de mimarlos con los ojos, arrobados de ternura y compasión. Sorprendidos y algo molestos por demostraciones tan inusitadas, cada uno abrió en su casa el costal de pan que traía como ofrenda.

—¡Pan!---exclamaban los allegados---. ¿Pero ustedes comen pan? Porque a nosotros se nos ha dicho...

---Claro que comemos---interrumpieron, también azorados, los visitantes---. Cultivamos trigo en las tierras de que se nos ha dotado.

---Ah, ¡si tienen hasta tierra! Entonces debemos irnos para allá.

--Pues vénganse con nosotros. Y si no pueden hoy, de todos modos vayan, que allá los esperamos

Al momento de reunirse para regresar, detuvieron a los tres emigrados. Fueron a prisión. El martes calificábanlos de sediciosos y traidores, al servicio de Extoraz.

Pero estos episodios sucedieron con posterioridad a los que debemos inmediatamente presenciar.

Marciano Yáñez era el nombre del jefe de la misión cultural, ya referida.

II

Se abrió la portezuela y los flechones de aire frío de la madrugada removieron al pasaje, en sus asientos. Alguien maldijo y el viajero más próximo a la portezuela, de un salto la cerró.

Fuera, a ras de las ondulantes cintas de cerros---tres mil metros sobre el nivel del mar---, la luz y los estrépitos del tren batallaban con la lluvia y la negrura.

Entra el conductor. Taladra o recoge billetes. A su voz de "Tequixquilapam", ocho hombres y una mujer---trazas de empleados---, maestros que integran la Misión, álzanse a buscar sus equipajes. Delante, Marciano Yáñez, abrevia el paso y dice desde el andén, mientras bajan los demás:

---¡A ver cómo nos acomodamos en el poblacho este!

Al metálico rebote del aguacero contra el techo de zinc, planes en mano, van los maestros, de un lado a otro de la estación, y averiguan que deben tomar el camión que saldrá para San Pedro Tolinán a las ocho de la mañana.

---Bien---propone Marciano---, sentémonos a descansar un poco en estos bancos.

Los señala, saca el reloj y agrega:

---Las cuatro. Todos listos a las siete y media. Tenemos todavía tres horas y pico de sueño en perspectiva.

Alta la tarde llegaron a San Pedro Tolimán. Arreglaron su alojamiento en el edificio de la escuela, su alimentación en la fonda única y contrataron las cabalgaduras necesarias para su viaje del día siguiente hacia Peñamiller.

---¿No querían salir---aconsejó el arriero---con la fresca, a las cinco? Es una jornada de ocho horas, tantito menos, tantito más, por la sierrita. No está muy bueno el caminito, pero bien que se anda, mis señores.

En la mañana de sonoros, áureos cristales, sobrecogida cabalgaba la Misión, entre desfiladeros, vestidos de bailarinas a fuerza de entredoses, alforzas y las sueltas gasas de las nubes. Persona de planes inmediatos, no cesaba Marciano de repetir a sus subordinados:

—Lo primero que haremos en Peñamiller es el teatro, nuestro teatro al aire libre, y organizar una función, montar una obra. En llegando nos entrevistaremos con la autoridad.

---De acuerdo---le respondían.

Tal iban alineados a rienda segura los maestros, la maestra, el arriero, las dos mulas que traían en sobornal agua potable, algunas provisiones de boca, ropa y los útiles indispensables para la labor profesional de la Misión.

Siete años antes habíase internado por aquellos lugares, pero desde rumbo opuesto---del Norte en vez del Sur---Taurino López. Venía de Taipico con su nombramiento de delegado de gobierno, primera autoridad, entonces vacante, de Peñamiller, donde no hay alcalde, o Presidente Municipal, como se dice por allá, en la República de Pénjimo. Cuando Taurino salió de Taipico, su protector, un diputado y general de quien otrora fuese pistolero, le recordó al despedirlo:

---Jamás olvides que es el General Valles y su régimen el que nos hizo hombres. Acuérdate siempre que en Pénjimo hay sólo dos bandos: nosotros, que representamos el orden y el progreso, la revolución hecha gobierno, por un lado, y todos los reaccionarios, enemigos de nuestra revolución, por el otro. Suerte y mano dura, pues, amigooo.

A Taurino le deleitaba parecer sentimental. Con el abrazo a su protector derramó dos lágrimas. Empezó su camino en coche pulman, con pase gratuito del Estado y gobernó Peñamiller durante una decena de años, al cabo de los cuales cayó reventado en sangre, pisoteado por el pueblo. Era fornido, de mediana estatura, con un gran tórax, camisa de mangas dobladas, exacto reloj pesaño,

dije y dos gruesas cadenas de oro cruzadas al pecho, pistola y carrillera doble al cinto, brazos velludos y brutales, ancho pulso de cuero en la muñeca, piernas fuertes, botas amarillas a lo militar, pantalones de pana negra con vuelo y un fute en la mano que le servía para golpear constantemente el vuelo del pantalón. Llevaba siempre, mordido, algo en la boca: una varita, un mondadientes. El ceño duro; el bozo y la barba desaliñados con tal precaución, que jamás parecían mayores ni menores de dos días; las cejas pobladas y la frente estrecha (cuya insignificancia cuidaba de no permitir que le viesan, ocultándola bajo el eterno sombrero texano de alas planas), contribuían a prestarle aire siniestro a su cara exagonal, muy saliente en cada promontorio muscular de los maxilares. De apariencia sonámbula y despreocupada, era prodigioso actor de carácter, perito en los efectos y atento a ellos, a la vez que hombre de memoria y dinamismo extraordinarios. No adoptó---valga este insignificante ejemplo---el uso de sus lentes de cristal "blanco", con aros negros, sino hasta después de reflexionar detenidamente sobre la curiosidad respetuosa que despertaría en el serio poblado indígena esa presunta extravagancia que habría de darle gravedad y exclusivismo.

* * *

Donde mentes europeas verían con desdén, disgusto, o simple asombro, que los puestos de mayor responsabilidad estén cubiertos por una juventud casi adolescente, no parece nada raro que Marciano Yáñez ocupe el cargo de Jefe de Misión, entre los maestros de treinta a cuarenta años y la maestra de cincuenta. La verde vida de Marciano atravesaba ese ciclo apoteósico en que la atmósfera se incrusta en el ser; la fisonomía de nuestros semejantes, sus gestos, se recordarán siempre; los colores de una casa, de las horas, no se olvidarán nunca; los perfumes de la tierra, de una mujer, nos impregnan; las lecturas se fijan indeleblemente en la memoria. Marciano divagaba entonces con mitología y lecturas de la Grecia antigua.

La casa que destinaron a la Misión en Peñamiller estaba situada frente a una colina de larga falda por delante; atrás, arriba, los recortes de la cordillera.

Marciano miraba por la ventana de su flamante habitación. "El Partenón, la Acrópolis"---pensó---. "Mi teatro. Aquí, en la falda, el público; todo el pueblo. Sobre la loma, el escenario; por fondo, este maravillar de serranía". Salíó y le dijo a Zumano, el inspector de escuelas de la región, que había acudido a recibir a sus colegas y conocía el engranaje formal de aquellos lugares:

---¿Quién es el Presidente Municipal y dónde puedo verlo?

---No existe---aclaró Zumano---. La cabecera del Municipio es San Pedro Tolimán; allí reside la Presidencia Municipal. Aquí sólo hay Delegado de Gobierno. Se llama Taurino López, y su pequeña

oficina está casi siempre cerrada. El anda por las calles o recorriendo las vegas de una parte a otra; despacha a pie o a caballo, donde se le encuentra.

---Pues lo necesito, porque ya sé dónde comenzar nuestras actividades en Peñamiller. A unos pasos tenemos una loma y allá instalaremos nuestro teatro.

---Pero eso está erizado de peñascos.

---Ciertamente. Sin embargo..., podrían quitarse.

El inspector Zumano combina un gesto, mezcla de sorpresa e incredulidad. Al cabo insta:

---De todos modos sería mejor que lo examinaran de cerca. Vamos, y de paso trataremos de encontrar al Delegado.

Llegaron. Decaído, Marciano paseaba e inspeccionaba el pedregal. Abajo sus compañeros movían la cabeza, en señal de murmuración. Venía a reunirse con ellos, cuando precediendo a dos mozos indios con sendos fusiles terciados a las espaldas surge Taurino López, de improviso. Zumano presentó a la Misión y Yáñez habló de sus proyectos.

Con su mirada fija, cejijunto, Taurino oyó y respondió:

---Mañana, a las ocho, estará esto despejado.

---¿Eh?---articula con disimulada desconfianza Yáñez.

---Mañana, a las ocho, estará listo para lo que desea---repite Taurino entre sus labios gruesos y su ronca voz hiriente.

Se despidió y se fué, seguido de su pareja de guardianes.

Yáñez bromeó a costa de Taurino y la frecuente falta de noción de las autoridades en dar cumplimiento a sus promesas. Al poco rato, rendidos de cansancio, se acostaron. De los cálculos que hicieron, una cuadrilla de cuarenta hombres tardaría diez días lo menos en limpiar aquel pedregal.

Hasta las siete de la mañana no abrió Marciano los ojos. Reinaba un silvestre silencio tan completo, que le obligó a asomarse a la ventana. Deslumbrado, inclinó la frente y pegó más y más los ojos al cristal. La colina estaba limpia. Un hormiguero de hombres descalzos iba y venía. Unos llevaban hombro desnudo con hombro atabacado, en fila, los pedruscos. Entre cabeza y lomo sudorosos, traían de vuelta sacos de arena. Otros terraplenaban. Dos albañiles con varas ponían señales, y los aprendices cuadraban el piso con líneas rojizas.

Marciano salió corriendo a llamar a sus colegas; todos se apiñaron en la ventana, perplejos. Después de desayunar se dirigieron hacia la colina. Allí estaban Taurino López, su inseparable pareja de guardianes armados y otros dos hombres que habían sido los capataces de la obra terminada. Uno de éstos llevaba en las manos un papel con una lista de nombres escritos. Taurino preguntó:

—A ver, Pedro. ¿Quiénes faltaron? ¿Quiénes no vinieron a cumplir la tarea que se les impuso?

Sin mirar siquiera la lista, Pedro respondió:

---Pues faltaron su compadre Anastasio y su compadre Arnulfo.

Ambos, luego hemos de verlo, eran comerciantes.

Taurino le ordenó al capataz que no llevaba el papel.

---Ve a buscarlos. Traémelos.

Y agrega para el que se queda:

---Le dices a los albañiles que se pongan a disposición de aquí, los señores Profesores.

Dijo esto con su hábito de boca contraída y silbantes las palabras.

Pronto alistáronse los comerciantes.

---¿Conque ustedes no cumplieron con mis órdenes? ¿No vinieron? ¿Entienden, compadres, lo que son mis órdenes?

---Compadre---alegó el uno---, yo le mandé dos de mis mozos en mi lugar.

---Y yo---repuso el otro---también mandé uno de mis peones. ¿Verdad, Pedro?

---Es cierto lo que dicen---aludieron los capataces---; trabajaron los mozos y el peón, pero los señores no se presentaron.

Entre sonriendo, Taurino adujo tranquilo.

---Ordené que asistieran personalmente, un servicio personal..

---No podía yo abandonar la tienda.

---Ni yo podía dejarla sola...

El Delegado se golpeó suavemente, sin dejar la costumbre, el vuelo de los pantalones con el fuste, y habló con lo más sereno de su garganta:

---Váyanse a encerrar...

---Pero, compadre...—le oponían.

Farfulló arrastrando algo más las eses, algo más bronco, más alto, y con golpes más nerviosos del fuste al pantalón:

---¡Váyanse a encerrar!

---Compadre, si yo...

Pateó furioso el suelo, y exhaló en bramido iracundo:

---¡Que se vayan a encerrar!

Calzones de dril a rayas, camisas de manta blanca, huaraches, piel de tabaco, espinoso cabello endrino, la pareja de comerciantes humillada, hundida, marchaba y se metía en una puerta, recién pintada de color verde. Era la cárcel. Los hombres entraban allí, por su propio pie, a una orden de Taurino, y salían cuando él lo decidía. Calmado inmediatamente, explicó:

---Ustedes dispensarán, pero aquí sólo hay dos bandos, el del orden, el de la revolución que represento yo, y los de la reacción que quieren escandalizar, desobedecer, desordenar...

Al despedirse finalizó con los ojos clavados, a través de los lentes, en Marciano:

---Señor profesor, ahí tiene ya ésto listo para eso que quiere.

Y miró su exacto reloj, sujeto a las macizas cadenas de oro.

La casa en que vivía la misión era el "palacio" de Peñamiller, es decir, lo único cursi del pueblo. Expropiada por Taurino al ya difunto comerciante más rico, abarrotada estaba de frisos de yeso, molduras doradas y muebles presuntuosos. Con su charra vanidad, el Delegado habíala cedido para hospedar a Marciano y sus acompañantes. Por turno de rotación debían servir semanalmente de criados en aquella casa un joven y una joven indígenas, designados por orden alfabético, según sus apellidos. A los dos días de vivir en la casa, Marciano trabó amistad con el sirviente en turno, quien le dijo:

---Ahí cayó.

---¿Qué...?

---El difunto.

---¿El difunto?

---El difunto, pues no sabe que esta casa era de D. Gervasio Fernández. D. Taurino peleaba cuestiones de las vegas; las quiere todas para él. Lo mató con su pistola y se quedó con la casa. Ahí cayó D. Gervasio, junto al marco de la puerta, en este cuarto en que usted vive... Hará sólo dos meses. Pero, ¡bah!... ¿Usted no sabía?

---No.

---¡Ay!, pues no lo cuente.

Marciano añadía a un ímpetu discreto su aguda sensibilidad. Lió sus ropas más indispensables, compró una hamaca y se fué a vivir a la cárcel, que parecía toda nueva, no sin antes informar de su propósito a Taurino, achacando el cambio a demasiado calor. Era verano.

---No comprendo su determinación, su preferencia---Indicó, ladinó, el Delegado.

---La cárcel luce muy bien, parece fresca, es de reciente construcción...

---Bueno, si es por eso... Lugares como éstos deben tener alegre vista, aunque le advierto que de alegre, de limpio..., sólo la fachada y esta planta. Usted no se mezclará, no podrá mezclarse con los presos; ellos están abajo en los sótanos. No tengo allí más que un carcelero armado que cuida de las llaves. Como usted ha visto, los reclusos vienen por sí solos, son alrededor de docena y media. Sus familiares pueden visitarlos; entrar y salir cuando quieren. No tengo más que un gendarme para toda la población. Tengo suprimido el alcohol, abolido el juego.

Era verdad. El gendarme, de uniforme pringoso y rezumante, con zapatos sucios, tenía un aspecto abotagado. Parecía más bien un ordenanza de la prisión. Bajo de estatura y regordete, le adornaba una nariz de gran rábano y unos bigotes largos y puntales. Marciano, en amistad, le mostró cierto día un frasco ya comenzado, de

mezcal. El gendarme sonrió con la mirada, bailándole de regocijo la expresión.

---¿Gusta?

---Ay, señor, si su mercé se digna.

---¿Otra?

---Si no es molestia para su mercé, patrón. Esto es la gloria. Fígrese las veces que tengo que beber aguarrás, cuando no gasolina, ¡Ay, patrón, porque es mi vicio este de la bebida! Aquí estamos fregados. Peñamiller, D. Taurino; D. Taurino, Peñamiller. ¡Todo! Yo no más, créamelo, que de puro compromiso, por la familia, es que me aguanto...

La escuela primaria estaba atendida por un profesor y una profesora, y asistían absolutamente todos los niños en edad escolar, pues Taurino se encargó de velar por la instrucción. Padre que no mandaba a su niño un día a la escuela: cita, multa o cárcel, o cárcel y multa. La profesora, Isabel Orozco, hermosa y esbelta, era una real belleza desenfadada, con un poquito, muy poco, de aire pueblerino.

No obstante dormir en la cárcel, Marciano pasaba gran parte de tiempo en el "palacio", comiendo, trabajando y charlando a ratos. El profesor de escuela primaria, Miguel Alvarez, menudito y vivaz, enamorado platónico de la profesora, y que conocía todos los hilos de organización social de Peñamiller, daba pormenores:

—Tiene las mujeres que le da la gana. Tres de planta, que sostiene y se pasean a la vez todas las mañanas a la hora del mercado... Pero eso no es nada, se sabe de docenas.

---¿Y cómo lo hace?

---Pues de voluntad o por la fuerza, por las buenas o por las malas.

---Qué, ¿gana mucho?

—Oficialmente, nada. La Delegación de Gobierno de Peñamiller se confiere sin asignación de sueldo. El Delegado obtiene sus honorarios de estas fuentes: contribuciones al comercio fijo, impuestos a los vendedores en los días de plaza, multas, licencias o permisos para disparar cohetes durante las fiestas religiosas o particulares, etcétera. Pero esto no le alcanza para pagar espas, guardia personal; ni siquiera para alimentar a sus caballos. Todos los comerciantes de la comarca son ya sus compadres, y si alguno no lo es, busca serlo como medio de defensa. El se da maña para ser socio en las utilidades de todos ellos, para quedarse por trasmano con las vegas, para participar en las cosechas de los agricultores. Se apropió de cuantas bestias de silla tenía la población y reglamentó su uso de la siguiente manera: tres para él y sus guardianes, diez de reserva en los corrales de la Delegación, una para el cura y otra para el ranchero más acaudalado que le es adicto. Casa por casa desarmó a los habitantes y publicó un bando anunciando castigos

para todo aquel que guardase armas. Yo, naturalmente, me expongo y conservo mi pistola. ¿Cómo resignarme a quedar indefenso?

A la semana de estancia en Peñamiller, Marciano se sintió abrumado. Las noches eran reino de indescriptible obscuridad y silencio de tumba. Ni un grito, ni una risa. Sólo el chasquido de cascos de caballos: voces, ladridos lejanos o ecos de unas voces. ¡La ronda diaria del Delegado y sus guardianes! Marciano regresó a dormir al "palacio", para incorporarse totalmente como huésped. Siquiera allá bromearan un poco, se distraían lo que podían. Cierta vez que a la luz de una lámpara de petróleo jugaban a las cartas, Zumano se abalanzó de súbito a la llave del quinqué y apagó la luz.

---¿Qué?---preguntó el corro en murmurio ahogado.

---Ahí viene---musitó Zumano.

Un rumor leve, primero; luego el rumor subiendo, progresando más y más. Fuera, por fin, claramente, el golpear de los cascos en las piedras. Pasaron. El rumor bajó, se confundió en la distancia, se perdió. Pero no fué sino mucho después de permanecer aún mudos, avergonzados, que prendieron la luz y sin decir palabra, tristes cada uno de sí mismo y el uno del otro por su cobardía, se pusieron de nuevo a jugar.

Un día Taurino le dijo a Marciano en tono picaresco, meneando el dedo índice:

---Una de las tardes pasadas bebió usted mezcal, D. Marcianito, ¿qué guardadito lo tenía!

---Hombre...

Taurino le interrumpió:

---No, nada, si yo también suelo beber a solas. Unicamente quiero prevenirle del inconveniente de invitar al policía...

Concertaron entre Miguel y Marciano que aquel le mostraría los esbirros secretos de Peñamiller: un relojero, un zapatero, el panadero, tres campesinos. Visitaron talleres, fueron de casa en casa y los encontraron trabajando. Gentes afables, sencillas, de rostros benignos, más bien tímidos.

---Pues cada uno de ellos---aseguró Alvarez---ha sido forzado a cometer un homicidio, por lo menos.

---¿Espías? ¿Qué clase de espías son éstos que nadie ignora que lo son?

---Ahora lo saben muchos, pues yo lo divulgo cuanto puedo. Pero antes era secreto; yo conocía la red porque Taurino me quiso hacer su consejero. Que le era muy necesario el maestro---me decía.

Poco tiempo después asaltaban el domicilio del profesor Alvarez; le sacaron a la calle y Taurino lo increpó:

---Maestrito, venga su pistola. Mejor diga no más dónde la guarda. Diminuto, perdido, Miguel acabó por señalar el escondite de su arma. Taurino entró y salió embolsándosela.

---¡Váyase a encerrar, maestrito! ¡Andele, váyase a encerrar!

Esta vez fué la primera que Marciano escuchó una carcajada de Taurino. Una carcajada en que veíase hasta el cielo del paladar y se prolongaba en ecos de campana rota. La segunda vez fué momentos más tarde, cuando en su carácter de empleado del Ministerio de Educación Pública intervino a favor del preso.

Cierta mañana, en voz baja, uno de los comerciantes, compadre de Taurino, refería:

---Nos roba a todos, funge de todo; funge del más rico, más inteligente, más valiente, mejor amante, de Juez, de padre, de policía, de Legislador---terminó receloso, en pálido cuchicheo detrás del mostrador.

A pesar de la intervención de Marciano, el Profesor Álvarez no quedó en libertad si no hasta cumplidos tres días de prisión. Circulaba ya de oreja en oreja:

---D. Taurino..., la profesora Isabel..., han pasado todas estas noches en la misma cama. ¡Tan bonita la profesora!

Y la especie fué verdad.

Álvarez salió de la cárcel un domingo por la mañana y se dirigió inmediatamente a San Pedro Tolimán. Enteró de su caso al Presidente Municipal, amigo suyo, y éste le dió una carta para Taurino López. Cortésmente le ordenaba devolviese la pistola al profesor, quien regresó el lunes por la tarde a Peñamiller. Ufano, digno, erguido, llevó el escrito a Taurino. Este, sin acabar de leerlo, restalló dos veces el fuete en el rostro de Miguel. Bramó:

---Voy a fusilarlo, maestríto tal. Servirá de escarmiento. Para que se sepa que aquí manda Taurino López y nadie vaya con chismes a otra parte.

Agarró del brazo a Miguel Álvarez.

---¡A ver!---les gritó a sus dos guardianes-. ¡Llévense al maestro por delante!

Arrastraban el cuerpo. Taurino iba detrás propinando empellones. Decía:

---Para que sepan que de lo que pasa en Peñamiller, nadie tiene que llevar chismes a otra parte. ¡Nadie tiene que andar contando, ninguno de fuera tiene que saber.

Llegaron al cementerio. Los guardias amarraron a Miguel, y atado lo pusieron de rodillas sobre una fosa.

Amarillo, jadeante, irrumpe Marciano a la carrera.

---D. Taurino, no haga eso. Espere.

---Hombre, profesor.

---Suspenda esto. Piense. Hágalo por mí.

---Bien, señor profesor. Por usted, lo que guste.

Y ordenó:

---Suéltlenle, muchachos.

Luego dijo en una de sus risotadas:

---Para que aprenda, maestríto, ¡caramba con el maestro! Lo de

Peñamiller y Taurino López, con Taurino López y en Peñamiller se queda.

III

Un enorme peñón, como torcido tumor de la montaña, como un inverosímil camote morado, sale de un recodo de la sierra teretana, en las inmediaciones con la sabana pisolina. Su dorso roza el firmamento; su inclinada frente acecha, tiembla y se refleja en el vaivén tenue de las ondas. A cada instante parece que la mole va a caer sobre el río y sobre el pueblo.

Blancuzco adobe con cal, paisaje apizarrado; grandes pedregales (piedras negras, lisas, duras, que delatan vestigios de erupciones volcánicas); casas muy bajas, aplastadas; una iglesia, un cura; 1.500 habitantes---1.100 indios fotemes, cuatrocientos mestizos---, el pueblo---Peñamiller---vive de su agricultura pobre, de sus escasas tierras buenas, de sus limitadas vegas a orilla del río Ahuacatlán, que en tiempos de bonanza es una delicia para bañarse con su piso de arenita fina, cernida, sin un solo guijarro; su gran anchura, su profundidad constante de metro y medio, sus aterciopeladas corrientes y su transparencia verde en que se deslizan tonificados el espacio y el paisaje circundantes. Pero a veces se desborda y arrasa con los pueblos.

Por aquel entonces hallábase Peñamiller, bajo la impresión terrífica del último desbordamiento, ocurrido dos años antes, y circulaban coplas como éstas:

Vengo a cantar a la luna
lo que es el Ahuacatlán
---de Peñamiller fortuna---,
el río que nos da el pan.

Mas aunque nos viste y sacia,
también es la maldición;
pues nos deja en la desgracia
si viene la inundación.

En el paraje solitario de una cuesta reunió Taurino López al ranchero más rico---único individuo a quien, además del cura, le tenía permitido poseer caballo---y a un terrateniente del rumbo de Extoraz, poblado contiguo, quince kilómetros distante. Una parte de la finca del terrateniente acababa de ser dividida entre los campesinos pobres de Extoraz. Las vegas de ambos poblados medían, con esto, idéntica longitud litoral del río y la misma extensión de tierra.

Taurino planeaba junto al silencio de su audiencia:

---Desde que me platico el Sr. Cañedo---tocaba con el puño del

fue al terrateniente---he venido meditando. Bien meditado, lo primero es buscar el modo de despacharnos en Extoraz al ingeniero ese que anda haciendo de las suyas con lo que no es suyo, repartiendo tierras...

---Sí, compadre---interrumpió el ranchero.

---Calma, calma, compadre Medardo. Oígame: ¿qué ganamos? Aquí, al Sr. Cañedo (señaló al terrateniente), se le devuelve su terreno, a condición de que lo divida con usted a partes iguales. ¿No tiene inconveniente, Sr. Cañedo?

---Ninguno; prefiero hasta darlo todo con tal de que no se quede lo mío en manos de rateros.

---Arreglado, pues. Lo segundo, empezar la propaganda en Peñamiller contra los de Extoraz. Reunir al pueblo, organizar una velada, un acto en que hablen los nuestros. ¿Es justo que Peñamiller, con la tercera parte más de población, tenga igual cantidad de tierra que Extoraz, donde sólo hay mil habitantes y de ellos, trescientos, son peñamillerenses?

---¡Injustísimo!---corearon las tres voces.

---Muy injusto. Lo tercero---añadió Taurino---, hacer propaganda en Extoraz contra Extoraz. Para eso nos servirán los trescientos nativos de Peñamiller que viven en Extoraz. Un día, llegado el momento, nos lanzamos y destituimos al Delegado; en su lugar ponemos a un peñamillerense de nuestra confianza, cualquiera de ustedes dos, verbigracia. Desconocemos el mando de San Pedro Tolimán. Convertimos a Peñamiller en Presidencia Municipal, cabecera de Extoraz. Se me nombra Presidente a mí. Y el Gobierno del Centro no tendrá más que reconocer lo hecho, pues podemos hacer que sea el mismo Extoraz el que pida estas reformas, enviando a la capital unos oficios con las firmas de todos.

---Excelente plan---comentó el terrateniente.

---Como todo lo hecho por mi compa, D. Taurino, y yo por mí, siempre a la orden de mi compa.

---Sólo que para realizar esto bien se necesita dinero y armas cuando haga falta. ¿Ustedes qué dicen? Yo tengo poco, pero lo poco está a disposición.

---Yo---prometió el terrateniente---daré la parte que me corresponda.

---Igualmente yo, ¡cuándo no!---anticipó el ranchero.

---Pienso también que será bueno, para reunir partidarios, formar una unión o cosa así. Y he pensado ya en el nombre: "UNION DE DEFENSA PRO-TIERRAS PARA PEÑAMILLER".

Carraspeó el Sr. Cañedo, mientras se atusaba el bigote:

---Es lo único que faltaba, pero confiado enteramente al entendimiento y la experiencia de usted, no me atreví a indicar nada.

---Eso es; tampoco me atrevía yo---secundó el ranchero.

---Ya le buscaremos un buen Comité a la Unión esa.

Por tres distintas veredas los tres hombres bajaron hacia el pueblo.

Atardecía.

---¡Juu!---resonó en la quietud de los montes.

Taurino había detenido su caballo.

---¡Juu!---parando también sus bestias, respondieron a dos voces el terrateniente y el ranchero.

Taurino gritó:

---¡Esta noche es la función de los maestros; allí podemos empezar! ¡Déjenmelo a mí!

Siguieron el descenso.

Prismas vidriados eran los cerros con la hora en las refracciones de la luz.